



Venid y comed



Una Iglesia convocada a compartir
la mesa con el Resucitado

Orientaciones Pastorales para el curso 2021-2022

MATERIAL DE USO INTERNO

Imagen de la portada: *La pesca milagrosa*, obra de la pintora de iconos Kirsten Voss.
Septiembre, 2021.

© Obispado de Orihuela-Alicante · C/Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.



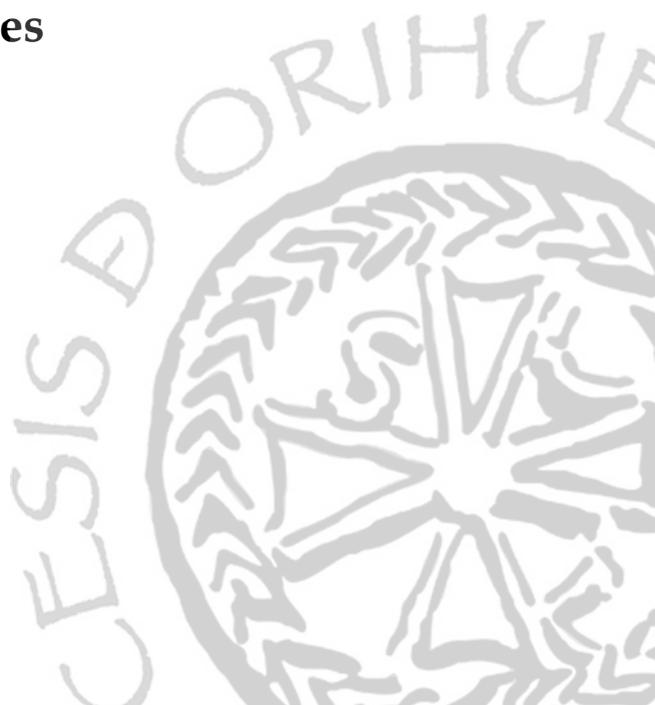
VENID Y COMED

*Una Iglesia convocada a compartir
la mesa con el Resucitado*

Orientaciones Pastorales

2021 - 2022

**Diócesis de
Orihuela-Alicante**



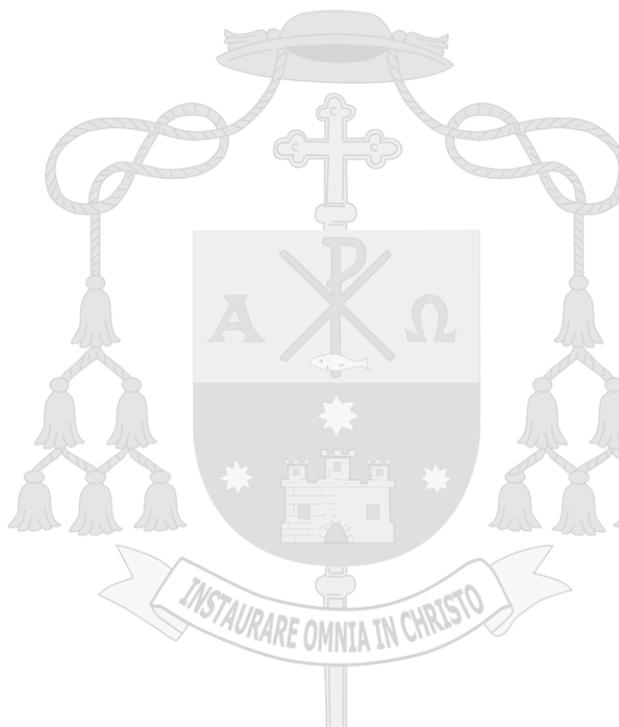


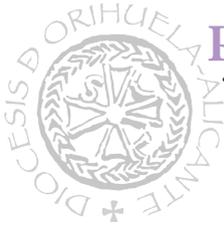
Índice

Presentación del Sr. Obispo	7
Justificación de la propuesta: la Eucaristía, «mesa de la misión»	13
Meditación inicial (cf. Jn 21,1-14): Llamadas del Resucitado para caminar juntos	17
Orientaciones Pastorales	23
1. Proseguir itinerarios abiertos	25
2. Incorporar itinerarios nuevos	30
Temas de formación	33
TEMA 1: Líneas de espiritualidad eucarística	36
TEMA 2: La Eucaristía y la Iglesia, misterio de Alianza	48
Calendario Diocesano. Curso 2020-2021	61
Oración por la Iglesia Diocesana	77



Presentación del Sr. Obispo





Presentación del Sr. Obispo



VENID Y COMED

Presentación de las Orientaciones Pastorales para el curso 2021-2022

«Una Iglesia convocada a compartir la mesa con el Resucitado»

El escenario social y pastoral de nuestro momento actual todavía sigue envuelto por la situación provocada por la pandemia vírica de la COVID-19. Aunque sanitariamente la pandemia retrocede lentamente, gracias al efecto de las vacunas y a la eficacia de otras medidas sanitarias, los efectos de ella en otros ámbitos, concretamente el laboral y el económico, presenta rasgos cada vez más preocupantes. Sin duda alguna, la pandemia ha detenido ritmos ordinarios y procesos cotidianos en la vida. También en la vida pastoral de la Iglesia hay una tímida vuelta a la normalidad, marcada lógicamente aún por límites y cautelas. Las comunidades cristianas están envueltas todavía en el ambiente de distancia recomendado para evitar los contagios. Por ello, este tiempo de pandemia ha puesto ante nuestros ojos el significado y el valor real de la comunidad cristiana real como espacio de fraternidad y solidaridad. Como afirma el Papa Francisco en su reciente encíclica *Fratelli tutti*, a pesar de las sombras densas que envuelven el mundo, no conviene ignorar que existen muchos caminos de esperanza. Este curso, la diócesis de Orihuela - Alicante, quiere recorrer estos caminos, particularmente uno muy significativo: descubrir y mostrar el rostro de la comunidad cristiana real de cada pueblo y cada parroquia que crece unida en torno a la Eucaristía, con el deseo de salir a evangelizar y anunciar a los demás la alegría del amor de Dios.

1. Unas Orientaciones Pastorales atentas a las necesidades de nuestras comunidades.

Las Orientaciones pastorales para el próximo curso tienen muy en cuenta la situación real de nuestras comunidades cristianas en este contexto de crisis abierto por la pandemia. Para este curso es una tarea urgente recuperar y cuidar de la «familia de Dios», recomponer los «muros» de nuestra fraternidad parroquial (cf Ef 2,19-22), volver a reunir al rebaño que se ha dispersado en los días de nubarrones y tormentas (cf. Ez 30,3). Por ello, durante este curso hemos de partir de la situación real en la que se encuentran nuestras comunidades, cuya vida pastoral no es la misma que tenían antes de la pandemia. Nuestras comunidades parroquiales sienten hoy la necesidad de relanzar una decidida «conversión pastoral» al servicio de la misión evangelizadora de nuestro mundo. Es imprescindible, para ello, recordar el valor, la posibilidad, la necesidad y la urgencia de favorecer la participación en la Eucaristía dominical, como «centro» de la vida cristiana. El encuentro con Cristo en la Eucaristía, pues, continuará estando en el centro de nuestras Orientaciones Pastorales. El próximo curso pastoral se acentuará la Eucaristía como «mesa de misión», mostrando la relación entre Eucaristía y Evangelización.

2. Unas Orientaciones Pastorales abiertas a las necesidades de nuestro mundo.

Este modo de estar unidos en la misma fe, como miembros de una familia más grande, que es la Iglesia, tiene una dinámica propia: la caridad operativa. Por ello, durante este curso tampoco nos podemos olvidar del gran desafío que nos deja la pandemia: el cuidado de los más vulnerables, especialmente de aquellas personas víctimas de la pandemia. Van a ser muchos los dañados por la crisis económica que deja esta crisis. Por tanto, ha de ser tarea irrenunciable este curso salir al encuentro de las necesidades de nuestras familias y tantas personas vulnerables, ofreciéndoles soporte y ayuda en esta crisis. Nuestra mirada al mundo, en estas circunstancias, ha de ser amplia y ancha. Llegar a los últimos, a aquellos que lo esperan todo de la ayuda generosa de los demás. El primado de la caridad es una llamada en estos momentos del Resucitado a todas las comunidades cristianas para que den testimonio de amor y fraternidad.

3. Unas Orientaciones pastorales que estimulan la participación de los fieles laicos.

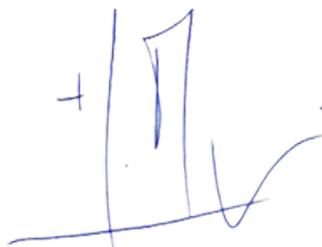
El pasado Congreso Nacional de Laicos «Pueblo de Dios en salida» ha sido un gran evento para la Iglesia española que ha de ser acogido plenamente. De él se espera una renovada presencia y acción de los laicos en la tarea evangelizadora de la Iglesia. La experiencia de la pandemia ha demostrado que ellos son presencia cristiana en el mundo. Su ayuda generosa en tantos servicios

testimonia que son «sarmientos fecundos en la viña del Señor». Por ello, durante este curso, se ha de estimular el valor del testimonio y el acompañamiento eclesial de los fieles laicos en tantas realidades diocesanas operativas en estos momentos: aplicabilidad del Congreso Nacional de Laicos, Año de la Familia «Amoris Laetitia», catequistas, Itio, Mesa diocesana de Educación, Pastoral de Enfermos y Mayores, Sínodo diocesano de Jóvenes...

4. Unas Orientaciones pastorales dispuestas a escuchar el caminar sinodal del Pueblo de Dios.

El 21 de mayo de 2021, la Secretaría del Sínodo de Obispos de Roma, publicaba el itinerario sinodal para la XVI Asamblea General Ordinaria prevista para Octubre de 2022, con el tema «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión» en la que proponía una modalidad inédita para el camino de esta Asamblea, incluyendo una amplia contribución de las Iglesias particulares (de las diócesis). Nuestra diócesis se incorpora a este ilusionante proyecto de construcción de una Iglesia más sinodal. Ciertamente, este proceso sinodal, reforzará, con la ayuda de Dios, los propios objetivos de la programación diocesana, así como ayudará, también, a afrontar los desafíos abiertos por la situación de la pandemia que aún vivimos, en orden a la reconstrucción de nuestras comunidades cristianas. Nuestra diócesis cuenta con la experiencia real de caminos sinodales. En la medida que este proceso pueda involucrar a todos, con particular atención a los más alejados y que son consultados con mayor dificultad, se renovará nuestra «comunión misionera» como «Iglesia en salida». No queda más que agradecer al Santo Padre esta estupenda iniciativa que apunta a una recepción más efectiva del Concilio Vaticano II y a renovar el rostro de la Iglesia como Pueblo que peregrina hacia Dios.

Sigamos compartiendo mesa, caminando juntos, con renovado entusiasmo y compromiso. Acompañados por María, nuestra madre. Sostenidos por la bendición del Señor.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante



**Justificación de la propuesta:
La Eucaristía, «mesa de la misión»**

.....



Justificación de la propuesta: La Eucaristía, «**mesa de la misión**»

Las orientaciones pastorales para el próximo curso 2021-2022 **continúan y remiten** a las del curso pastoral pasado 2020-2021. Por dos motivos:

— el curso pasado, dedicado a la Eucaristía, presumiblemente se ha podido quedar corto. Por ello, se ha propuesto prolongarlo;

— la situación de la pandemia vírica del COVID-19 no deja convivir con nosotros aún en meses. Urge recuperar las comunidades parroquiales y el retorno a la eucaristía dominical.

a) Si el curso pasado proponíamos la eucaristía **como «camino de resurrección»**; este curso seguimos contemplando y celebrando la eucaristía como impulso misionero de nuestra Iglesia, **como «mesa de misión»** (subrayando los aspectos eclesiales y misioneros de la Eucaristía).

b) El año pasado insistimos en el **don**, con las palabras presentes en el discurso eucarístico de Jn 6, «Danos siempre de ese Pan». Este año acogemos la invitación del Resucitado, quién llama a su Iglesia a despertar, con la claridad del alba, desde «la otra orilla» de su glorificación, a abandonar la pesca nocturna y estéril y **compartir** con él el pan de la eucaristía: «venid y comed» (Jn 21,12).

c) Si el curso pasado contemplábamos la eucaristía como «forma sacramental de la vida cristiana» (*Sacramentum Caritatis*), potenciando así la **espiritualidad eucarística**, este curso buscamos mostrar la relación estrecha que existe **entre eucaristía y evangelización**, entre la **eucaristía y la Iglesia**. Y es que la Iglesia nace y se construye desde la eucaristía. Cuanto más en estos tiempos de pandemia, buscamos en la eucaristía como el impulso para reconstruir las comunidades cristianas.

Nuestro Obispo D. Jesús, ha marcado las prioridades a seguir el próximo curso, en la carta convocatoria de este encuentro. De sus llamadas destacan dos expresiones, muy gráficas:

—respiran el «sabor» de lo cercano, lo que tenemos a mano (parroquia);

—predomina la palabra «reconstruir»: es una llamada característica de los profetas del retorno del destierro (Ageo, Zacarías)

1) Partir de la situación real en la que encuentran nuestras comunidades, cuya vida pastoral no es la misma que tenían antes de la pandemia.

2) Manifestar el valor significativo que tiene la vida comunitaria de las parroquias y, por lo tanto, la necesidad de reconstruir el tejido fraterno de nuestras comunidades. De esa reconstrucción dependerá el impulso misionero y fraterno.

3) Para esta reconstrucción de la vida y misión de nuestras comunidades es fundamental seguir profundizando en el encuentro con Cristo en la eucaristía, que continuará estando en el centro de nuestras Orientaciones.



**Meditación inicial (cf. Jn 21,1-14):
Llamadas del Resucitado para caminar juntos**

.....



Meditación inicial (cf. Jn 21,1-14): Llamadas del Resucitado para caminar juntos

Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. (Jn 21,1-14)

*Este texto sirve de motivación y guía para las Orientaciones.
Contiene algunas llamadas dignas de atención.*

1. Desde hace unos años nuestra pastoral diocesana se inspira en una página del evangelio. Tiene por tanto una clara inspiración bíblica. Quiere mirar de cerca a Jesús. Es importante escuchar a Jesús, sus palabras.

En esta escena del evangelio, Jesús se aparece por tercera vez a sus discípulos. Va a ser el encuentro que cierra el evangelio de Juan. Se encuentra en la otra orilla del lago Tiberíades. el lago de Galilea que los apóstoles conocían perfectamente. Allí, muchos de ellos fueron llamados por el Maestro.

2. Esta aparición recoge muchos elementos de la llamada original de los discípulos. Es como una «nueva» llamada. Todos necesitamos, después de un tiempo, recordar cómo fuimos llamados, todos necesitamos que el Resucitado nos llame de nuevo: necesitamos nuevas llamadas.

Después del «escándalo» de la cruz, los discípulos habían regresado a su tierra, a su trabajo de pescadores, es decir, a las actividades que realizaban antes de encontrarse con Jesús.

Pedro dice: «me voy a pescar». Era su oficio de antes. En él pervive el impulso de la misión: de quién le llamó echando el copo en el lago (Lc 5). Hoy la Iglesia, por medio del Papa Francisco, también nos invita a salir a pescar, a ser una Iglesia en salida misionera. Hoy en la Iglesia, la misión tiene un primado irremplazable. Hemos de escuchar esta voz de Pedro, hemos de seguirlo. En aquella ocasión los discípulos contestaron «vamos también nosotros contigo».

3. «Salieron y se embarcaron»: como habían hecho tantas veces en su vida anterior. Habían vuelto a esa vida y esto da a entender el clima de dispersión y de extravío que reinada en su comunidad. Para los discípulos era difícil comprender lo que había pasado. Se encuentran como perdidos, sin rumbo, sin saber muy bien qué hacer.

La situación vivida por la pandemia también se parece mucho a este clima que viven los discípulos tras la cruz. Nuestras comunidades se han dispersado. Se han desvanecido muchos vínculos y lazos. Da la sensación que el suelo que pisamos es inestable. Tenemos que andar con cuidado, todavía en nuestras reuniones impera la cautela y la prevención. Todo es frágil, ...el trabajo, el futuro, la salud.

Por eso hay tres detalles de la narración que describen muy bien nuestra situación actual:

a) Primero, Jesús les mira desde lejos, desde la tierra firme. Es la tierra firme de la inmortalidad, —como interpretaban los Padres de la Iglesia—, la tierra donde se camina de pie, es la tierra que ha alcanzado Jesús para nosotros, la tierra de la resurrección. Los discípulos, sin embargo, se encuentran navegando, en medio de una mar inestable, lugar que nos hace pensar en las dificultades y las agitaciones de la vida. Un mar que hace pensar en nuestra vida temporal, tambaleante.

b) Jesús, los encuentra al amanecer, Otro detalle. El «alba» en la Biblia indica con frecuencia el momento de las grandes intervenciones de Dios. Aquí, el día comienza con su presencia, con su aparición. Su figura destierra la noche, la oscuridad. «la noche es clara como el día», canta el pregón pascual. Los discípulos, sin embargo, han pasado la noche en el lago. A oscuras, en silencio. En espera de la pesca. Esperan que la noche se alargue para poder pescar. Viven en una noche que no cesa. La noche es el escenario del miedo, de la soledad. Esa noche es la que impregna aún muchas vidas. La noche de la pandemia, es una noche que no cesa. Se acaba la emergencia sanitaria, pero se prolongan otras noches: la del desempleo, la de la crisis. Aún no sabemos cuanta noche nos acecha. Para esta noche, parece no haber vacuna.

c) «Aquella noche no cogieron nada». Y dice un Padre de la Iglesia: «no cogieron nada, porque aún no tenían a Cristo» (San Pedro Crisólogo). Ya dijo Jesús: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,15). No dijo «siquiera un poco», sino «nada en absoluto». Es la nada de sus barcas, de sus redes. Es la infecundidad en la que parece movernos, de un modo especial, en nuestro trabajo misionero. Después de tantos esfuerzos, de tantos planes,.. de tantas ilusiones, tenemos la sensación que todo va al revés, para atrás: no es que logremos algo, es que incluso, perdemos. Nuestras parroquias, grupos, secretariados, parecen encontrarse en esa barca de los apóstoles aquella noche. Para nosotros también, en la iglesia, parece ser una noche que no cesa.

4. El mar, la noche, la red vacía: tres detalles de nuestra situación que le siguen otras tres palabras del Resucitado. Son tres llamadas también a nuestra Iglesia diocesana en este próximo curso:

a) «Echad las redes y encontraréis»: normalmente los peces caen en la red durante la noche, cuanto está oscuro, y no por la mañana, cuando el agua es transparente. Es una llamada del Señor que supone un desafío grande. El secreto consiste en fiarse de quién lo dice: quién lo ordena es el Señor. Así lo dice el discípulo que lo amaba: reconoce a Jesús: «Es el Señor».

Quiere ello decir, que la nueva pesca matutina está íntimamente relacionada con el conocimiento del Señor. Esta pesca —como para los discípulos— ya no es la pesca del asombro, aquella milagrosa del inicio de la llamada, que narra Lucas 5, cuando Pedro reconoció su indignidad: «Apártate de mí que soy un pecador». No es la pesca del asombro inicial. Esta pesca matutina es la pesca que se basa en un conocimiento desarrollado, —como dice el Papa Francisco—: un camino que ha ido creciendo en el conocimiento del Señor, de su trato familiar. Esta es la nueva condición de la fecundidad apostólica: haber crecido en la familiaridad con el Señor. Sólo si progresamos en este conocimiento, seremos de verdad fecundos.

Además, es la fecundidad de la confiada adhesión a la palabra del Señor. Cuando el trabajo en la viña del Señor parece estéril, no podemos olvidar que Jesús es capaz de cambiar la situación al instante. Es la fuerza de su palabra, de su acción; no nuestros empeños.

b) Al saltar a tierra, los discípulos ven unas brasas, con un pescado puesto encima y pan. Son los símbolos primitivos de la eucaristía. Son las brasas de su amor, capaces de cocer todo, de transformarlo todo, en alimento saludable. Y les dice: «traed los peces que acabáis de coger». Esta llamada del Resucitado es misteriosa. ¿Qué significa?. Se me ocurre pensar en que estos peces recién pescados, fruto de la palabra predicada, han de pasar por el fuego de la pascua, de la eucaristía. No basta, por tanto, una catequesis sabrosa, una instrucción sabia, un anuncio vibrante, una convocatoria atractiva: es necesario llegar a la

eucaristía, al encuentro con el Señor. Es necesario llegar al corazón de la evangelización, como indico el concilio Vaticano II: la eucaristía es culmen y origen. No podemos vivir una fe sin sacramento. Sin la gratuidad del don de Dios. Forma parte del imperativo misionero: «sin mí no podéis hacer nada».

c) La última llamada: «Vamos, comed». Es una invitación abierta, sin contrapartidas. Es la comida del Resucitado, la que ha preparado con su amor. Es la invitación a sentarnos a su mesa. «toma el pan y se lo da, y los mismo el pescado». Éste es el fin del milagro: la pesca había sido el camino para llegar a este encuentro. La misión, así, no presupone la comunión: es ella comunión. Es una comida encendida de gozo. El evangelista la describe con este detalle: «ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor». Es la familiaridad de nuestras parroquias, el trato continuo con el Señor. La eucaristía celebrada con amor, sin prisas, donde se disfruta de la presencia del Señor. Es la eucaristía que todos, porque esa familiaridad de trato con Jesús es esencialmente comunitaria. No es elitista. No puede haber una familiaridad con el Señor sin Iglesia, separada de la vida del pueblo de Dios. Es un trato cercano que estrecha más nuestros vínculos.

5. Sólo queda invitar a todos a no cansarnos de vivir esta escena durante este año: de escuchar y contemplar al Señor. De acudir a él: su amistad es el secreto de nuestra fecundidad. *Contemplar esta escena nos puede ayudar a discernir la finalidad de nuestro año de pastoral: renovar, desde la eucaristía, nuestras comunidades cristianas, después de esta «noche» (pandemia), para que siempre puedan salir a pescar, como los apóstoles, con fecundidad misionera.* A la luz de este pasaje cobran vida estas Orientaciones que, entre todos, hemos sugerido en tantos Consejos y consultas, y ahora se presentan.

Pedro Luis Vives Pérez



Orientaciones Pastorales

1. Proseguir itinerarios abiertos
2. Incorporar itinerarios nuevos





Orientaciones Pastorales

ADVERTENCIAS PREVIAS:

— *Se trata sólo de Orientaciones, no es un Plan Diocesano de Pastoral. Por tanto, ofrecen un esquema amplio que contiene núcleos abiertos y dinámicos de pensamiento y de acción. No pretenden, por tanto, decirlo todo. Sólo son un punto de partida para la imprescindible programación posterior de cada comunidad y grupo. Como dice el Papa Francisco: «la realidad es más importante que la idea» (Evangelii Gaudium, 231-233)*

— *Estas Orientaciones recogen las sugerencias y las propuestas de los diversos Consejos diocesanos: se han forjado, así, dentro de un espíritu «sinodal», al servicio del discernimiento propio del carisma apostólico de nuestro pastor, el obispo de la diócesis.*

El punto de partida de estas Orientaciones está aún condicionado por la pandemia. Ésta ha detenido los ritmos ordinarios de la vida y de la pastoral. Nos encontramos con una vuelta a la normalidad con límites y cautelas. Las comunidades cristianas están envueltas en una vida «en pausa», con el temor de los contagios.

Pero la pandemia también ha puesto ante nuestros ojos el significado decisivo que tiene la comunidad cristiana real, el valor de la vida comunitaria de las parroquias. En medio de esta situación de confinamiento y de soledad no podemos renunciar a vivir el consuelo que proporciona la fraternidad vivida. Un impulso nacido, al final, de la presencia y la llamada del Señor resucitado.

PROSEGUIR ITINERARIOS ABIERTOS

Primer itinerario: PARROQUIA: «Comer de un mismo pan» (1 Cor 10,17).
Potenciar la parroquia como comunidad fraterna, eucarística y misionera

Para este curso es una tarea urgente recuperar y cuidar de la «familia de Dios», recomponer los «muros» de nuestra fraternidad parroquial (cf Ef 2,19-22), volver a reunir al rebaño que se ha dispersado en los días de nubarrones y tormentas (cf. Ez 30,3). Nunca puede ser objetivo pequeño o secundario que los fieles participen y experimenten la realidad de la Iglesia como comunidad

concreta, reunida por el Señor en medio del Evangelio y de los sacramentos. Éste ha sido siempre el corazón de nuestra pastoral ordinaria.

La propuesta es volver a vivir la comunidad parroquial en la riqueza de sus relaciones, fundamentada en la fe. Nuestras comunidades parroquiales sienten hoy la necesidad de relanzar una decidida «conversión pastoral» al servicio de la misión evangelizadora de nuestro mundo. De un modo principal, se pide que la parroquia favorezca «una reforma, orientada a un estilo de comunión y de colaboración, de encuentro y de cercanía, de misericordia de solicitud por el anuncio del Evangelio» (cf. Congregación del Clero, «la conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia»).

En el horizonte está el deseo de promover comunidades cristianas concretas y vivas que sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo, que renueve en sus estructuras «tradicionales» en clave «misionera». De acuerdo con la advertencia, muchas veces expresadas también por el papa Francisco, de la esterilidad que pueda sobrevenir a la mera repetición de actividades sin incidencia en la vida concreta de las personas: La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así» (Evangelii Gaudium, 33). Para ello, es imprescindible **retomar los ámbitos esenciales de toda comunidad cristiana: el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos -en especial la eucaristía- y el testimonio de la caridad.**

Las sugerencias para renovar la comunidad parroquial que se han indicado son:

1) Recordar el valor, la posibilidad, la necesidad y la urgencia de favorecer la participación en la Eucaristía dominical;

2) Continuar y fortalecer la catequesis parroquial, especialmente la de Iniciación cristiana, en el contexto evangelizador de la Iglesia.

3) Señalar la importancia de la oración comunitaria y litúrgica para suscitar comunidades que buscan siempre y reconocen el Señor en la oración compartida.

4) Fomentar más el método sinodal para que las comunidades caminan más unidas en sus decisiones y su trabajo.

5) Suscitar el sentido y la conciencia misionera de las comunidades para que se sientan enviadas a salir al mundo y para compartir e invitar a un mismo pan a aquellos que aún no están sentados a la misma mesa.

**Segundo itinerario: CARIDAD. «Amaos los unos a los otros» (Jn 13,34-35).
Atender al primado de la caridad sobre todo en estos tiempos de crisis**

Estar unidos en la misma fe y como miembros de una familia más grande, que es la Iglesia, tiene una dinámica propia: la caridad operativa. Ahora, tras la experiencia vivida y ante las expectativas del nuevo curso, será particularmente necesario potenciar esta dimensión esencial de la experiencia cristiana.

Sabemos, por la experiencia dolorosa de la pandemia, que somos limitados y vulnerables, que no podemos fiarnos sólo de nosotros mismos y que nuestras fuerzas se agotan rápidamente. Por ello, es necesario descubrir que la fuente inagotable de la caridad está en nuestra participación en el amor sin límites del Señor, en la plenitud de su entrega al Padre y a todos sus hermanos, en nuestra comunión eucarística con Él.

Recuperar la vida de nuestras parroquias, cuidar de ellas, supone también afrontar un gran desafío que nos deja esta pandemia: el cuidado de los más vulnerables, especialmente, aquellos más dañados por la crisis económica fruto de la pandemia. La comunidad parroquial es con frecuencia el primer lugar de encuentro humano y personal de los pobres con el rostro de la Iglesia, Por tanto, ha de ser **tarea irrenunciable este año salir al encuentro de las necesidades de nuestras familias y tantas personas vulnerables, ofreciéndoles soporte y ayuda en esta crisis.** Y ocuparnos de otras tantas situaciones que, apremiadas por el peso de la vida, las circunstancias económicas u otros problemas, esperarán encontrar en la familia de los discípulos del Señor un gesto de aliento y una mano tendida.

**Tercer itinerario: LAICADO: «Sarmientos fecundos en la viña del Señor»
(Jn 15,1-8).**

Promover el valor del testimonio y el acompañamiento eclesial de los fieles laicos.

No podemos pasar ante un hecho importante durante los meses pasados de pandemia: lo decisivo que ha sido la presencia de los fieles laicos en medio de sus tareas para visibilizar el rostro de la Iglesia como comunidad de vida y de fe.

Ellos ciertamente son presencia cristiana en el mundo. En medio de las dificultades, los laicos han testimoniado la voluntad de seguir siendo miembros activos de la Iglesia, rezando, participando en las celebraciones como fieles

cristianos, cuidando de su fe y de la vida de sus hermanos, y manteniendo así la conciencia de su pertenencia al Pueblo de Dios.

E igualmente, muchos laicos cristianos han dado concretos testimonios en la sociedad de su ser cristianos, con gestos de entrega y dedicación que nacían de la conciencia de su fe: el sanitario que arriesgaba la vida; tantos trabajadores de servicios «esenciales». Y eran laicos también los padres y madres de familia que tenían a sus hijos en la casa y se preocupaban de su bien. La experiencia de confinamiento ha reforzado la conciencia de la familia como «Iglesia doméstica».

En esa situación se ha hecho evidente la importancia que tiene la vocación y la misión de los fieles laicos. Por ello, hemos de seguir descubriendo las maravillas de esta vocación para la Iglesia y para el mundo. El laico es un fiel cristiano: es discípulo, miembro vivo de la Iglesia, y es misionero, apóstol de Jesucristo, enviado al mundo para hacer presente el Evangelio como criterio y forma de la vida, del trabajo y de las relaciones.

Hoy, concretamente, vivimos circunstancias privilegiadas para tomar conciencia de lo decisivo del testimonio cristiano en medio del mundo, sin el cual pierde realismo la presencia y la misión del pueblo de Dios. No podremos transmitir la fe y salvaguardar su vitalidad, sin el testimonio del apostolado seglar. Por ello es necesario incentivar la corresponsabilidad y la participación de los fieles laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Nuestra Diócesis está recorriendo un camino en esa dirección desde los últimos años

Las sugerencias para promover y acompañar la vocación y el servicio de los laicos prosiguen los itinerarios abiertos que, en estos últimos años, está impulsando la diócesis:

1) Continuar el proceso de recepción del Congreso Nacional de Laicos «Pueblo de Dios en salida» mediante el estudio, la asimilación y la aplicación de las sugerencias del pos-congreso «Hacia un renovado Pentecostés», propuesta por la Delegación de Laicos.

2) Acoger la invitación del Santo Padre a vivir y celebrar de manera especial el «Año de la Familia», desde las sugerencias e iniciativas propuestas de la Comisión Episcopal de Familia y vida y de nuestro Secretariado diocesano de Familia y Vida.

3) Estimular la participación al amplio proceso abierto por el Secretariado de infancia y juventud en nuestra diócesis para la recepción de la Exhortación del Papa Francisco «Christus vivit» sobre la vocación cristiana de los jóvenes. Asimismo, continuar el desarrollo de los itinerarios educativos en la fe para adolescentes y niños en la catequesis y el movimiento diocesano «Itio».

4) Difundir, en toda la pastoral educativa, las conclusiones del Congreso diocesano de educación e impulsar la labor de la «Mesa de educación» para la Escuela católica con el fin de fortalecer y aunar los itinerarios educativos y los procesos de transmisión de la fe.

**Cuarto itinerario: SACERDOTES: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21,15-17).
Suscitar y alentar la misión de los sacerdotes al servicio de la comunidad cristiana, como guías y pastores del santo pueblo de Dios.**

Junto a los fieles laicos, los grandes misioneros del pueblo santo de Dios son los sacerdotes. Ellos son sus pastores. La página del evangelio que meditamos este curso prosigue con el diálogo del Resucitado a Pedro y detalla la confesión de amor de éste a Cristo. El amor es la gran característica de la vocación sacerdotal. Su misión es definida, en ocasiones, como «oficio de amor» (San Agustín).

Hoy en día estamos llamados a tomar conciencia del gran misterio de «comunidad» que es la Iglesia. Sin esta comunión, vivida y operante, no hay posibilidad para el desarrollo de la misión. La misión consiste en comunión. Ello exige que todos caminemos hacia la misma dirección, que todos «rememos» hacia una misma meta, porque todos vamos en la misma barca, como sucede con la pesca milagrosa.

Los sacerdotes, en virtud del sacramento del Orden, representan para la comunidad cristiana a Cristo «Cabeza» de un cuerpo, que es la Iglesia. Esta función, sin embargo, la ejercen imitando a Cristo siervo y esposo de la Iglesia. Por ello, son pastores que apacientan la grey del Señor con la misma caridad de Jesús Buen Pastor.

Comprometidos con la tarea de la evangelización, ellos son muy conscientes del desafío que supone este tiempo de pandemia para la vida de la Iglesia. Con solicitud han sostenido encendida en este tiempo la esperanza de la comunidad, a través de su oración, en la que seguían convocando al Pueblo de Dios que alaba, suplica, intercede y agradece. Hombres «de comunión», experimentan también la urgencia de poder reunir a todos en una misma mesa, como el Resucitado en aquel amanecer del Tíberides. Saben que la Iglesia nace y sostiene por la Eucaristía. Al celebrar la Eucaristía, desean que sea manantial para una comunidad cada día más fraterna y misionera, en salida misionera, que sea auténtica «mesa de misión». Ellos son constructores de fraternidad, heraldos del evangelio, acompañantes solícitos de quienes necesitan el consuelo de Dios. Ellos visibilizan el rostro de tantas comunidades que sostienen sobre sus hombros.

Durante este curso, los sacerdotes, animados por tantas iniciativas formativas, tanto de la Delegación para el Clero como de la Cátedra de teología espiritual «San Juan de Ávila», están llamados a **seguir renovando su carisma, recibido en la ordenación, para servir con celo y caridad pastoral a las comunidades cristianas encomendadas, como guías y pastores**, y confesar así, por medio de su ministerio, su amor a Cristo.

INCORPORAR ITINERARIOS NUEVOS

Quinto itinerario: SINODALIDAD: «Todos hemos bebido de un mismo Espíritu» (1 Cor 12,13).

Contribuir a la celebración del Sínodo de Obispos «hacia una Iglesia sinodal» (2021-2023) desde la implicación en la fase diocesana (octubre 2021 – febrero 2022) y alentar de ese modo el espíritu sinodal en nuestra Diócesis.

Justo en el momento en que se iban a publicar estas Orientaciones pastorales, el 21 de mayo 2021, el Sínodo de Obispos de Roma, publicaba el itinerario sinodal para la XVI Asamblea General Ordinaria prevista para Octubre 2022, con el tema «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión» en la que proponía una modalidad inédita para el camino de esta Asamblea, incluyendo una amplia contribución de las Iglesias particulares (a las diócesis). Con ello, pretende configurar el Sínodo de los Obispos como el «punto de convergencia del dinamismo, de escucha recíproca en el Espíritu Santo, llevado a todos los ámbitos de la vida de la iglesia (cf. Discurso a la institución del Sínodo de los Obispos en la conmemoración del 50 aniversario, 17 octubre 2015).

El Sínodo de Obispos es una de las herencias más hermosas del concilio Vaticano II (1962-1965): instituido por Pablo VI al término del mismo, pretende prolongar el espíritu y el método de la asamblea conciliar. El mismo Papa Francisco, desde le inicio de su ministerio, ha pretendido valorizar, consciente que «el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio» (Discurso a la institución del Sínodo de los Obispos en la conmemoración del 50 aniversario).

«Sínodo» significa «caminar juntos», por ello, desde tiempos antiguos, se ha entendido que «Iglesia y Sínodo son sinónimos» (San Juan Crisóstomo). Como el Papa Francisco explica: «se trata de un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es fácil ponerlo en práctica». Implica comprender la Iglesia como Pueblo de Dios que avanza en la historia, ungida en todo en momento por el Espíritu Santo (cf. 1 Jn 2,20.27), que la hace infalible 'en lo que cree' (*in creden-*

do), en virtud del sentido sobrenatural de todo el pueblo, «desde los obispos hasta el último de los fieles laicos» (San Agustín) (cf. LG 12; EG 120).

Por ello, el estilo característico de la vida sinodal de la Iglesia es la escucha. Se trata de «una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el ‘Espíritu de la verdad’ (Jn 14,7), para conocer lo que él ‘dice a las Iglesias’ (Ap 2,7)» (Discurso a la institución del Sínodo de los Obispos). Ello explica que el dinamismo sinodal comienza escuchando al Pueblo, prosiga escuchando a los pastores, y culmine escuchando al Obispo de Roma. La comunión sinodal se despliega integrando en su método todos los elementos cruciales para la comunión y la misión de la Iglesia: la profecía de todos, el discernimiento de «algunos», la autoridad de «uno».

Todo parte de la escucha del pueblo. La razón estriba en que todo el pueblo de Dios participa del oficio profético de Cristo, por lo que es imposible separar a la Iglesia que enseña (*Ecclesia docens*) de la que aprende (*Ecclesia discens*), ya que también la grey tiene su «olfato» para encontrar nuevos caminos que el Señor abre a la Iglesia (Discurso a la institución del Sínodo de los Obispos). En consecuencia, el camino sinodal de la próxima Asamblea en Roma propone una amplia fase de consulta diocesana que implique a las Iglesias particulares al bien de todo el cuerpo (cf. LG 23). Nuestra diócesis se suma a este proceso, con las siguientes acciones:

1) Nombrar un responsable diocesano, junto con un equipo, que sirva como punto de referencia y de contacto con la Conferencia Episcopal Española para acompañar la consulta diocesana en todos sus pasos (cf. Sínodo de Obispos, *presentación del itinerario sinodal*, 5.2.3)

2) Ejecutar la consulta a través de los órganos previstos en el derecho (consejos diocesanos), incluyendo otras modalidades oportunas, para que la consulta sea real y eficaz (cf. Sínodo de Obispos, *presentación del itinerario sinodal*, 5.2.5).

3) Facilitar, desde el próximo Octubre, una publicación recogiendo el itinerario del proceso sinodal previsto, incluyendo la documentación precisa hasta la fecha (documento preparatorio, y *Vademecum* con las propuestas para realizar la consulta), así como los subsidios de formación e información que acompañen el documento preparatorio de la Secretaría del Sínodo, para que lo trabajen todos los grupos y comunidades que quieran.

4) Procurar la eficaz formación y comprensión de la sinodalidad en la vida de la Iglesia por medio de jornadas de estudio y reflexión tanto para los sacerdotes como para los laicos y vida religiosa.

La consulta al Pueblo de Dios en cada Iglesia particular se iniciará solemnemente el domingo 17 de octubre de 2021, por el Sr. Obispo, y se concluirá, hacia el mes de febrero, con una reunión pre-sinodal, que será el momento culminante del discernimiento diocesano (cf. Sínodo de Obispos, *presentación del itinerario sinodal*, 5.1.2 y 5.2.6).

Ciertamente, este proceso sinodal, reforzará, con la ayuda de Dios, los propios objetivos de la programación diocesana, encontrando «modos creativos, agendas y prioridades diocesanas» (cf. *Carta del Secretario General a los Obispos*, 20 mayo 2021), así como también a afrontar los desafíos abiertos por la situación de la pandemia que aún vivimos, en orden a la reconstrucción de nuestras comunidades cristianas. Nuestra diócesis cuenta con la experiencia real de caminos sinodales. En la medida que este proceso pueda involucrar a todos, «con particular atención a los más alejados y que son consultados con mayor dificultad» (cf. *Carta del Secretario General a los Obispos*), se renovara nuestra «comunidad misionera» como «Iglesia en salida». No queda más que agradecer al Santo Padre esta estupenda iniciativa que apunta a una recepción más efectiva del concilio Vaticano II y a renovar el rostro de la Iglesia como Pueblo que peregrina hacia Dios.



Temas de formación

1. Líneas de espiritualidad eucarística
2. La Eucaristía y la Iglesia, misterio de Alianza





Temas de formación

— Incluimos, junto a las Orientaciones pastorales del curso, unos temas de formación para trabajar individualmente, o en grupo, en las parroquias o en las asociaciones apostólicas, con la dinámica y le método (*lectio divina*) con la que veníamos haciendo durante estos cursos pasados. También sirven para desarrollar sesiones de retiros espirituales o catequesis de adultos.

— Se trata de dos textos que inciden algunos de los itinerarios pastorales destacados para este curso:

1. El primer texto, titulado **«Líneas de espiritualidad eucarística»**, es un material apto para meditación, elaborado por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, dentro de las Orientaciones y Sugerencias que elaboraron para el desarrollo del «Año de la Eucaristía» (2004-2005) convocado por San Juan Pablo II. El texto, destaca un total de once actitudes espirituales para poder vivir mejor la misa. A través de esas actitudes nos damos cuenta de la riqueza de la Eucaristía para nuestra vida cristiana, como ella es un manantial y el camino de nuestra vida espiritual. El texto, de alguna manera, cierra la temática del año pasado en la que nos proponíamos descubrir la espiritualidad eucarística.

2. El segundo texto, titulado **«La Eucaristía y Iglesia, Misterio de la Alianza»** está tomado de una catequesis del entonces Cardenal, Jorge Mario Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de Argentina, dentro del 49º Congreso Eucarístico Internacional de Québec (Canadá) el 18 de junio 2008. En ella desarrolla la dimensión eclesial de la Eucaristía desde la perspectiva nupcial, al tratarse de un misterio de alianza. Destaca en ese sentido el papel de María como figura de la Iglesia y propone unas consecuencias personales y eclesiales para seguir.

— A la hora de trabajarlo se puede dividir el texto para varias sesiones en grupo. Se puede, pues, trabajar con la flexibilidad oportuna a cada grupo y adaptándolo a cada situación. Sería oportuno que cada grupo aplicara un cuestionario de preguntas breves y sencillas a la luz de la lectura del texto para el diálogo posterior.

Pedro Luis Vives Pérez

Delegado diocesano para la formación permanente

TEMA 1:

LÍNEAS DE ESPIRITUALIDAD EUCARÍSTICA

No se trata de un tratado de espiritualidad litúrgica. Nos limitamos a dar unas ideas, con la esperanza de que nos ayuden a vivir mejor la eucaristía. Es importante que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de celebración, sino también como proyecto de vida cristiana; es importante que esté a la base de una auténtica «espiritualidad eucarística».

El año pastoral que vamos a vivir nos invita a escuchar la llamada de Jesús resucitado: «venir y comer»..... nos invita a contemplar y reflexionar sobre la eucaristía, más allá de los aspectos típicamente celebrativos. Precisamente por ser el corazón de la vida cristiana, la Eucaristía no termina en las paredes de las iglesias, sino que exige transformar la vida diaria de quien participa en ella. El sacramento del Cuerpo de Cristo se prodiga en favor de la edificación del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Las actitudes eucarísticas a las que hemos sido educados por la celebración deben ser cultivadas en la vida espiritual, teniendo en cuenta la vocación y el estado de vida de cada uno. La Eucaristía en verdad es alimento esencial para todos los creyentes en Cristo, sin distinción de edad o condición.

Las consideraciones que ofrecemos aquí trazan varias pistas de reflexión a partir de algunas expresiones de la misma liturgia tomadas del texto del Misal. Se quiere subrayar cómo la espiritualidad litúrgica se caracteriza por su anclaje en los signos, ritos y palabras de la celebración y puede encontrar en ellos alimento seguro y abundante.

1. ESCUCHA DE LA PALABRA

Palabra de Dios

Como conclusión de las lecturas de la Sagrada Escritura, la expresión *Palabra del Señor* nos recuerda la importancia de lo que sale de la boca de Dios. Nos lo hace sentir no como un texto «lejano», sino que inspirado, es la palabra viva con la cual Dios nos interpela; nos encontramos en el contexto de un verdadero «diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza» (*Dies Domini*, 41).

La liturgia de la Palabra es una parte constitutiva de la Eucaristía (cf. SC 56; *Dies Domini* 39.41). Nos recogemos en asamblea litúrgica para escuchar lo que el Señor quiere decirnos: a todos y a cada uno. Él habla aquí y ahora, a nosotros que lo escuchamos con fe, creyendo que Él sólo tiene palabras de vida eterna, que su palabra es lámpara para nuestros pasos.

Participar en la Eucaristía quiere decir escuchar al Señor con el fin de poner en práctica cuanto nos manifiesta, nos pide, desea de nuestra vida. El fruto de la escucha de Dios que nos habla cuando en la iglesia se leen las Sagradas Escrituras (cf. SC, 7) madura en el vivir cotidiano (cf. *Mane nobiscum Domini*, 13).

La actitud de escucha es el principio de la vida espiritual. Creer en Cristo es escuchar su palabra y ponerla en práctica. Es docilidad a la voz del Espíritu Santo, el Maestro interior que nos guía a la verdad completa, no solamente a la verdad del conocer sino también a la verdad del practicar.

Para escuchar al Señor en la liturgia de la Palabra, es necesario tener afinado el oído de corazón. A ello nos prepara la lectura personal de las Sagradas Escrituras, en tiempos y en ocasiones programados y no dejado a eventuales recortes de tiempo. Y a fin de que lo que se ha escuchado en la celebración eucarística no desaparezca de la mente y del corazón al salir de la Iglesia, es necesario encontrar modos para extender la escucha de Dios, que nos hace llegar su voz de mil maneras a través de las circunstancias de la vida ordinaria.

2. CONVERSIÓN

*Reconozcamos nuestros pecados para que seamos dignos de celebrar estos misterios
Kyrie eleison, Christe eleison...*

Señor nuestro, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo: ten misericordia de nosotros

Señor no soy digno de que entres en mi casa...

Como se ve en los textos citados, la dimensión penitencial está muy presente en la celebración eucarística. Emerge no sólo al inicio del acto penitencial, con sus variadas fórmulas de invocación de la misericordia, sino también en la súplica a Cristo en el canto del Gloria, en el canto del Agnus Dei durante la fracción del Pan, en la plegaria que dirigimos al Señor antes de participar en el convite eucarístico.

La Eucaristía estimula a la conversión y purifica el corazón penitente, consciente de las propias miserias y deseoso del perdón de Dios, aunque sin sustituir a la confesión sacramental, única forma ordinaria, para los pecados graves, de recibir la reconciliación con Dios y con la Iglesia.

Tal actitud del espíritu debe extenderse durante nuestras jornadas, sostenidas por el examen de conciencia, es decir, confrontar pensamientos, palabras, obras y omisiones con el Evangelio de Jesús.

Ver con transparencia nuestras miserias nos libera de la autocomplacencia, nos mantiene en la verdad delante de Dios, nos lleva a confesar la misericordia del Padre que está en los cielos, nos muestra el camino que nos espera, nos

conduce al sacramento de la Penitencia. Posteriormente nos abre a la alabanza y acción de gracias. Nos ayuda, finalmente, a ser benévolos con el prójimo, a compadecerlo en sus fragilidades y perdonarlo. Es preciso tomar en serio la invitación de Jesús de reconciliarnos con el hermano antes de llevar la ofrenda al altar (cf. Mt 5,23.24), y la llamada de Pablo a examinar nuestra conciencia antes de participar en la Eucaristía (*cada uno se examine a sí mismo y después coma el pan y beba el cáliz*: 1 Cor 11,28). Sin el cultivo de estas actitudes, se desatiende una de las dimensiones profundas de la Eucaristía.

3. MEMORIA

Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de su Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo (Plegaria eucarística III).

«Si los cristianos celebran la Eucaristía desde los orígenes, y de forma que, en su sustancia no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de liturgias, sucede porque sabemos que estamos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: «haced esto en memoria mía» 81 Cor 11,24-25)» (CCE 1356).

La Eucaristía es, en sentido específico, «memorial» de la muerte y resurrección del Señor. Celebrando la Eucaristía, la iglesia hace memoria de Cristo, de los que ha hecho y dicho, de su encarnación, muerte, resurrección, ascensión al cielo. En Él hace memoria de la entera historia de la salvación, prefigurada en la antigua alianza.

Hace memoria de aquello que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha hecho y hace por la humanidad entera, de la creación a la «recreación» en Cristo, en la espera de su retorno al fin de los tiempos para recapitular en sí todas las cosas.

El «memorial» eucarístico, pasando de la celebración a nuestras actitudes vitales, nos lleva a hacer memoria agradecida de todos los dones recibidos de Dios en Cristo. De él brota una vida distinguida por la «gratitud», por el sentido de «gratuidad» y al mismo tiempo por el sentido de «responsabilidad».

En efecto, recordar lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, nutre el camino espiritual. La oración del *Padre nuestro* nos recuerda que somos hijos de Padre que está en el cielo, hermanos de Jesús, marcados por el Espíritu Santo que sido derramado en nuestros corazones.

Recordar los dones de la naturaleza (la vida, la salud, la familia...) mantiene viva la gratitud y el esfuerzo por valorarlos.

Recordar los dones de la gracia (bautismo y demás sacramentos, las virtudes cristianas...) mantiene vivo, junto con la gratitud, el empeño por no frustrar estos «talentos», sino más bien hacerlos fructificar.

4. SACRIFICIO

Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre de la nueva y eterna alianza.

Padre misericordioso, te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes, y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos.

Acuérdate Señor... de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces; por ellos y todos los suyos, por el perdón de los pecados y la salvación que esperan, te ofrecemos, y ellos mismo te ofrecen, este sacrificio de alabanza.

Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa (Plegaria Eucarística I).

Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo (Plegaria Eucarística III).

La Eucaristía es sacramento del sacrificio pascual de Cristo, Desde la encarnación en el seno de la Virgen hasta el último aliento sobre la cruz, la vida de Jesús es un holocausto incesante, una entrega perseverante a los designios del Padre. El momento culminante es el sacrificio de Cristo sobre el Calvario: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado (1 Cor 5,7)» (Lumen Gentium 3; CCE 1364).

Este único y eterno sacrificio se hace realmente presente en el sacramento del altar. En verdad «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (CCE 1367).

A ello la Iglesia asocia su sacrificio, para llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, del cual es signo la comunidad sacramental (cf. *Ecclesia de Eucharistia* 11-16). Participamos de la Eucaristía, obedecer el Evangelio que escuchamos, comer el Cuerpo, y beber la Sangre del Señor quiere decir hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios: *por Cristo, con Cristo y en Cristo*.

Así como la acción ritual de la Eucaristía está fundada en el sacrificio ofrecido por Cristo una vez por todas en los días de su existencia terrena (cf. Heb 5,7-9) y lo presenta sacramentalmente, así también nuestra participación en la celebración debe llevar consigo el ofrecimiento de nuestra existencia. En la Eucaristía la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él (cf. SC 48; IGMR 79, *Ecclesia de Eucharistia*, 13).

La dimensión sacrificial de la Eucaristía empeña la vida entera. De Aquí parte la espiritualidad del sacrificio, del don de sí de la gratuidad, de la oblación exigida por la vida cristiana.

En el pan y el vino que llevamos al altar se significa nuestra existencia: el sufrimiento y el empeño por vivir como Cristo y según el mandamiento dado a sus discípulos.

En la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo se significa nuestro «Presente» para dejar que Él piense, hable y actúe en nosotros.

La espiritualidad eucarística del sacrificio debería impregnar nuestras jornadas: el trabajo, las relaciones, las miles de cosas que hacemos, el empeño por practicar la vocación de esposos, padres, hijos; la entrega al ministerio para quien es obispo, presbítero o diácono; el testimonio de las personas consagradas; el sentido «cristiano» del dolor físico y del sufrimiento moral; la responsabilidad de construir la ciudad terrena, en las dimensiones diversas que comporta, a la luz de los valores evangélicos.

5. ACCIÓN DE GRACIAS

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar

La víspera de su pasión, la tarde en que instituyó el sacramento de su sacrificio pascual, Cristo tomó el pan, *dio gracias*, lo partió y lo dio a los discípulos... La acción de gracias de Jesús revive en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas.

El término «eucaristía», en lengua griega, significa precisamente acción de gracias (cf. CCE 1328). Es una dimensión que emerge claramente en el diálogo que introduce la Plegaria eucarística: ante la invitación del sacerdote «Demos gracias al Señor nuestro Dios», los fieles responden «Es justo y necesario». El exordio de la Plegaria eucarística se caracteriza por una fórmula que expresa el sentido de la reunión de oración: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Dios Padre... ».

Estas fórmulas, mientras dicen lo que cumplimos en la celebración, expresan una postura que no debería disminuir en nuestro espíritu de regenerados en Cristo: agradecer es propio de quien se siente gratuitamente amado, renovado, perdonado. Es *justo y necesario* dar gracias a Dios *siempre* (tiempo) y en *todo lugar* (espacio).

De aquí se irradia la espiritualidad de la acción de gracias por los dones recibidos de Dios (la vida, la salud, la familia, la vocación, el bautismo, etc).

Agradecer a Dios no sólo en las grandes ocasiones, sino «siempre»: los santos han dado gracias al Señor en la prueba, en la hora del martirio (san Cipriano ordenó a los suyos que entregaran veinticinco monedas de oro a su verdugo: *Actas del martirio*, 3-6, Oficio de lectura del 16 de septiembre), por la gracia de la cruz... Para quien vive el espíritu eucarístico toda circunstancia de la vida es una ocasión apropiada de agradecer a Dios (cf. *Mane nobiscum Domine* 26).

Agradecer siempre y en «todo lugar»: en los ámbitos del vivir cotidiano, la casa, los puestos de trabajo, los hospitales, las escuelas...

La Eucaristía nos educa también a unirnos a la acción de gracias que sube de los creyentes extendidos por la tierra hasta Cristo, uniendo nuestro gracias al del mismo Cristo.

6. PRESENCIA DE CRISTO

El Señor esté con vosotros

Gloria a ti, Señor Jesús

Alabado seas Señor

Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!

Este es el Cordero de Dios... Señor, no soy digno

«En la celebración de la Misa se iluminan gradualmente los modos principales según los cuales Cristo está presente en su Iglesia: en primer lugar, está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre; está presente también en su palabra, cuando se lee y explica en la iglesia la sagrada Escritura; presente también en la persona del ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas. En este Sacramento, en efecto, de modo enteramente singular, Cristo entero e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancial y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies «se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» (*Mysterium fidei* 39)» (*De sacra communione* 6).

«Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, la conciencia viva de la presencia real de Cristo, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse» (*Mane nobiscum Domine* 18).

Signo visible de realidades invisibles, el sacramento contiene lo que significa. La Eucaristía es ante todo *opus Dei*: el Señor habla y obra, reza, aquí por nosotros, en virtud de la fuerza del Espíritu Santo (cf. CCE 1373). La fe en la presencia real se expresa, por ejemplo, en los diálogos directos que dirigimos al Señor después de haber escuchado la Palabra: *Gloria a ti, Señor Jesús*, y antes de recibir su Cuerpo y su Sangre: *Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*.

La celebración de la Eucaristía debería llevarnos a exclamar, como los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: «Hemos visto al Señor!» (*Jn* 20,25). La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es comunión con el resucitado, medicina de inmortalidad y prenda de la gloria futura.

La presencia, el calor, la luz del Dios-con-nosotros deben permanecer en nosotros y manifestarse en toda nuestra vida. Hacer comunión con Cristo, nos ayuda a «ver» los signos de su divina presencia en el mundo y a «comunicarlos» a cuantos encontramos.

7. COMUNIÓN Y CARIDAD

Para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, y llenos del Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu (Plegaria eucarística III).

«Pueblo congregato»: con estas palabras inicia el *Ordo Missae*. El signo de la cruz al comienzo de la Misa, manifiesta que la Iglesia es el pueblo reunido en el nombre de la Trinidad.

El reunirnos todos, en un mismo lugar, para celebrar los santos misterios es responder al Padre celeste que llama a sus hijos para estrecharlos consigo por Cristo, en el amor del Espíritu Santo.

La Eucaristía no es una acción privada, sino la acción del mismo Cristo que asocia siempre a sí a la Iglesia, con un vínculo esponsal indisoluble (cf. *Mane nobiscum Domine* cap III).

En la liturgia de la Palabra escuchamos la misma Palabra divina, signo de comunión entre todos aquellos que la ponen en práctica.

En la liturgia eucarística presentamos, junto con el pan y el vino, la ofrenda de nuestra vida: es la común ofrenda de la Iglesia que en los santos misterios se dispone a hacer comunión con Cristo.

En virtud de la acción del Espíritu Santo, en la ofrenda de la Iglesia se hace presente el sacrificio de Cristo («Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad»): una única ofrenda espiritual agradable al Padre, por Cristo, con Él y en Él. El fruto de esta asociación al «sacrificio vivo y santo» está representado por la comunión sacramental: «para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, y llenos del Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (Plegaria eucarística III).

He aquí la fuente incesante de la comunión eclesial, ilustrada por san Juan con la imagen de la vid y los sarmientos, y por san Pablo con la imagen del cuerpo. La Eucaristía hace la Iglesia (cf. *Ecclesia de Eucharistia*), colmándola de la caridad de Dios y espoleándola a la caridad. Al presentar, juntamente con el pan y el vino, ofertas en dinero u otros dones para los pobres, se recuerda que la Eucaristía es compromiso de ser solidarios y de compartir los bienes.

La oración litúrgica, aunque implica individualmente a los participantes, está formulada siempre como «nosotros»: es la voz de la Esposa que alaba y suplica, *una voce dicentes*.

Las mismas actitudes que asumen los participantes, manifiestan la comunión entre los miembros de un único organismo. (*IGMR*, 32).

El saludo de la paz, antes de la comunión, (o antes de llevar las ofrendas al altar, como en el rito ambrosiano) es expresión de la comunión eclesial necesaria para hacer la comunión sacramental con Cristo. El fruto de la comunión es la edificación de la Iglesia, reflejo visible de la comunión trinitaria (cf. *Ecclesia de Eucharistia* 34).

De aquí la espiritualidad de comunión (cf. *Novo Millennio Ineunte* 43-45):

requerida por la Eucaristía y suscitada por la celebración eucarística (cf. *Mane nobiscum Domine* 20-21).

La comunión entre los esposos viene modelada, purificada, alimentada por la participación en la Eucaristía.

El ministerio de los pastores de la Iglesia y la docilidad de los fieles a su magisterio viene tonificado por la Eucaristía.

La comunión con los sufrimientos de Cristo se manifiesta en los fieles enfermos, por medio de la participación en la Eucaristía.

La reconciliación sacramental tras nuestras caídas, es coronada por la comunión eucarística.

La comunión entre muchos carismas, funciones, servicios, grupos y movimientos dentro de la Iglesia está asegurada por el santo misterio de la Eucaristía.

La comunión entre personas empeñadas en diversas actividades, servicios y asociaciones de una parroquia se manifiesta por la participación en la misma Eucaristía.

Las relaciones de paz, comprensión y concordia en la ciudad terrena son sostenidas por el sacramento de Dios con nosotros y para nosotros.

8. SILENCIO

Descansa en el Señor y espera en él (Sal 37,7)

En el ritmo celebrativo, el silencio es necesario para el recogimiento, la interiorización y la oración interior (cf. *Mane nobiscum Domine* 18). No es vacío, ausencia, sino presencia, receptividad, reacción ante Dios que nos habla, aquí y ahora, y actúa en nosotros, aquí y ahora. «Descansa en el Señor y espera en él» recuerda el Salmo 37 (36),7.

En verdad, la oración con sus diversos matices -alabanza, súplica, invocación, grito, lamento, agradecimiento- toma forma a partir del silencio.

Entre otros momentos, tiene particular importancia en la celebración de la Eucaristía el silencio después de haber escuchado la Palabra de Dios (cf. *Ordo Lectionum Missae*, 28; *IGMR*, 128, 130, 136) y, sobre todo, tras la comunión del Cuerpo y Sangre del Señor (cf. *IGMR*, 164).

Estos momentos de silencio, se prolongan, en cierto modo, fuera de la celebración, en recogida adoración, oración y contemplación delante del Santísimo Sacramento.

El mismo silencio de la tradición monástica, el de los tiempos de ejercicios espirituales, el de los días de retiro ¿no son, tal vez, el prolongamiento de aquellos momentos de silencio característicos de la celebración eucarística, para que pueda enraizar y dar fruto en nosotros la presencia del Señor?

Es por tanto necesario pasar de la experiencia litúrgica del silencio (cf. Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa* 13) a la espiritualidad del silencio, a la dimensión contemplativa de la vida. Si no está anclada en el silencio, la palabra puede desgastarse, transformarse en ruido, incluso en aturdimiento.

9. ADORACIÓN

Se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos (Ap 4,10).

La postura que tomamos durante la celebración de la Eucaristía «de pie, sentados, de rodillas» reenvía a las actitudes del corazón. Hay una gama de vibraciones en la comunidad orante.

Si el estar en pie confiesa la libertad filial que nos ha donado el Cristo pascual, que nos ha liberado de la esclavitud del pecado, el estar sentados expresa la receptividad cordial de María, que sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra; y el estar de rodillas o *profundamente inclinados* indica el hacernos pequeños delante del Altísimo, delante del Señor (cf. *Fil* 2,10).

La genuflexión ante la Eucaristía, como la hacen el sacerdote y los fieles (cf. *IGMR*, 43), expresa la fe en la presencia real del Señor Jesús en el Sacramento del altar (*CIC*, 1387).

Reflejando aquí abajo, en los santos signos, la liturgia celebrada en el santuario del cielo, imitamos a los ancianos: que «se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos» (*Ap* 4,10).

Si en la celebración de la Eucaristía adoramos al Dios con nosotros y por nosotros, tal sentir del espíritu debe prolongarse y reconocerse también en todo lo que hacemos, pensamos, y obramos. La tentación, siempre insidiosa, al tratar las cosas de este mundo, es la de doblar nuestras rodillas ante los ídolos mundanos y no solamente a Dios.

Las palabras con las que Jesús contradice las sugerencias idolátricas del diablo, en el desierto, deben verificarse en nuestro hablar, pensar y actuar cotidiano: «Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo darás culto» (*Mt* 4,10).

El doblar la rodilla ante la Eucaristía, adorando al Cordero que nos permite hacer la Pascua con Él, nos educa a no postrarnos ante ídolos contruidos por manos de hombre y nos sostiene en el obedecer con fidelidad, docilidad y veneración ante aquel que reconocemos como único Señor de la Iglesia y del mundo.

10. ALEGRÍA

Por eso, unidos a los coros angélicos, te alabamos proclamando llenos de alegría: Santo...

Por eso, Señor, tus criaturas del cielo y de la tierra te adoran cantando un cántico nuevo (prefacio II de la Santísima Eucaristía).

«Por esencia, la alegría cristiana es participación en la gloria insondable, a la vez divina y humana, que se encuentra en el corazón del Cristo glorificado» (Gaudete in Domino II), y esta participación en la alegría del Señor «no se puede dissociar de la celebración del misterio eucarístico» (*ibidem*, IV), de modo particular de la Eucaristía celebrada en el «dies Domini».

«El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. *Rm* 14,17; *Gal* 5, 22)» (*Dies Domini* 56).

Diversos son los elementos que en la Misa subrayan la alegría del encuentro con Cristo y con los hermanos, ya sea en las palabras (piénsese en el Gloria, el prefacio), ya sea en los gestos y en el clima festivo (la acogida, los ornamentos florales y el uso del adecuado acompañamiento musical, según lo permite el tiempo litúrgico).

Una expresión de la alegría del corazón es el canto, que no es simplemente un embellecimiento exterior de la celebración eucarística (cf. *IGMR*, 39, *Dies Domini* 50)

La asamblea celestial, con la que se une la asamblea eucarística celebrando los sagrados misterios, canta con alegría las alabanzas del Cordero inmolado que vive para siempre, porque con Él ya no hay más luto, ni llanto, ni lamento.

Cantar la Misa y no simplemente cantar en la Misa, nos permite experimentar que el Señor Jesús vine a hacer comunión con nosotros «para que su alegría esté en nosotros y nuestra alegría sea plena» (cf. *Jn* 15,11; 16,24; 17,13). ¡Nos colmarás de alegría, Señor, con tu presencia!

El domingo se reviste de la alegría de la celebración eucarística, enseñándonos a alegrarnos siempre en el Señor; a gustar la alegría del encuentro fraterno y de la amistad; a compartir la alegría recibida como don (cf. *Dies Domini* 55-58).

Sería un contrasentido para quien participa en la Eucaristía dejarse dominar por la tristeza. La alegría cristiana no niega el sufrimiento, las preocupaciones, el dolor; sería una ingenuidad. El llanto al sembrar nos enseña a vislumbrar la alegría de la siega. El sufrimiento del Viernes Santo espera el gozo de la mañana de Pascua.

La Eucaristía educa a gozar junto con los otros, sin retener para sí mismo la alegría recibida como don. El Dios con nosotros y para nosotros pone el sello de su presencia en nuestras tristezas, en nuestros dolores, en nuestros sufrimientos. Llamándonos a entrar en comunión con Él, nos consuela en todas nuestras

tribulaciones para que podamos nosotros también consolar a aquellos que se encuentran en cualquier tipo de aflicción (cf. 2 Cor 1,4).

11. MISIÓN

Oración universal

Santo es verdad, Padre, ya que por tu Hijo... , con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo,.. y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta su ocaso (Plegaria eucarística III).

La bendición de Dios Todopoderoso... Podéis ir en paz

Formada por creyentes de toda lengua, pueblo y nación, la Iglesia es fruto de la misión que Jesús ha confiado a los Apóstoles y recibe constantemente el mandato misionero (cf. Mt 28, 16-20). «La Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la *f fuente* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo» (*Ecclesia de Eucharistia* 22).

En la oración universal, en la Plegaria eucarística, en las oraciones de las misas por diversas necesidades, la intercesión de la Iglesia que celebra los santos misterios abraza el horizonte del mundo, las alegrías y tristezas de la humanidad, los sufrimientos y el grito de los pobres, el anhelo de justicia y de paz que recorre la tierra (cf. *Mane nobiscum Domine* 27-28).

El rito con el que se concluye la celebración eucarística no es simplemente la comunicación del final de la acción litúrgica: la bendición, especialmente con las fórmulas solemnes que preceden a la despedida, nos recuerdan que salimos de la iglesia con el mandato de dar testimonio al mundo de que somos «cristianos». Lo recuerda Juan Pablo II: «La despedida al finalizar la Misa es *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad» (*Mane nobiscum Domine* 24). El capítulo IV de la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* trata, de hecho, de la Eucaristía presentada como principio y proyecto de misión.

El encuentro con Cristo no es un talento para esconder sino para hacerlo fructificar en obras y palabras. La evangelización y el testimonio misionero parten como fuerzas centrífugas del convivio eucarístico (cf. *Dies Domini* 45). La misión es llevar a Cristo, de manera creíble, a los ambientes de la vida, de trabajo, de fatiga, de sufrimiento, buscando que el espíritu del Evangelio sea levadura de la historia y «proyecto» de relaciones humanas que lleven la impronta de la solidaridad y de la paz. «¿Podría realizar la Iglesia su propia vocación sin cultivar una constante relación con la Eucaristía, sin nutrirse de

este alimento que santifica, sin posarse sobre este apoyo indispensable para su acción misionera? Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles «expertos» en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía» (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones* 2004, 3).

¿Cómo anunciar a Cristo sin volver, regularmente, a conocerlo en los santos misterios?

¿Cómo dar testimonio sin alimentarse de la fuente de la comunión eucarística con Él?

¿Cómo participar en la misión de la Iglesia, superando todo individualismo, sin cultivar el vínculo eucarístico que nos une con cada hermano de fe, incluso con cada hombre?

Se puede llamar a la Eucaristía con justicia el Pan de la misión: una bella figura, en este sentido, es el pan que se le da a Elías, para que continúe su misión, sin ceder ante las dificultades del camino: «con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Horeb, el monte del Señor» (1Re 19,8).

TEMA 2:

LA EUCARISTÍA Y LA IGLESIA, MISTERIO DE LA ALIANZA

«La Eucaristía: don de Dios para la vida del mundo». El tema elegido por el Papa para este 49º Congreso Eucarístico Internacional proviene del Evangelio de Juan, del pasaje en que Jesús nuestro Señor proclama: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo (...). El pan que yo les voy a dar es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6, 51).

La Eucaristía, don de Dios que quiere dar vida a todos, es un tema central de la Exortación Apostólica «Sacramentum Caritatis» del Santo Padre Benedicto XVI. En la primera parte –«Eucaristía, misterio que se ha de creer», el Papa nos exhorta a la adoración de la Eucaristía como «Don gratuito de la Santísima Trinidad para la vida del mundo» (1). Y, al final, en la tercera parte –«Eucaristía, misterio que se ha de vivir»-, nos exhorta a ofrecernos eucarísticamente a todos, junto con el Señor, ya que «la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo» (2).

La Eucaristía, pues, don y tarea, don de vida que se recibe y don de vida que se da a todos. Esta vida en Jesucristo, «para que nuestros pueblos en Él tengan vida», es también lo que late en el corazón del Documento de Aparecida, con tono de alabanza agradecida y con fervor misionero, ya que: «La vida es regalo de Dios, don y tarea...» (3). «La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: «El que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). En ese banquete feliz participamos de la vida eterna y, así, nuestra existencia cotidiana se convierte en una Misa prolongada» (4) (como decía San Alberto Hurtado).

En el medio, entre el don y la misión, la Iglesia es el motivo central de esta catequesis de hoy: La Eucaristía y la Iglesia, misterio de la alianza. De manera sencilla, les propongo tres pasos para hacer esta catequesis como una «lectio divina». El primer paso es una breve meditación sobre la Alianza. El segundo paso deseo que sea una síntesis contemplativa en la que nos quedemos mirando y gustando con los ojos del corazón algunas imágenes de la Virgen, nuestra Señora, «mujer eucarística». Y el tercer paso consistirá en sacar algunas conclusiones pastorales que nos ayuden en nuestra vida personal y en nuestra vida eclesial.

La dimensión eclesial y nupcial de la Eucaristía

«La Eucaristía y la Iglesia, misterio de la alianza». Con la palabra «alianza» se quiere poner de relieve la dimensión eclesial y nupcial del don de la Eucaristía, don con el cual el Señor quiere llegar a todos los hombres. La Eucaristía es pan vivo entregado para la vida del mundo y sangre de la alianza derramada

para el perdón de los pecados de todos los hombres. Teniendo, pues, firme el corazón en la gratuidad del don y en su dinamismo misionero universal (5), nos detenemos en el misterio de Alianza.

La Alianza que nada ni nadie puede romper

«¡Quién podrá separarnos del amor de Cristo!» (Rm 8, 35) (6). Lo primero que nos conmueve de la Eucaristía es que se trata de una Alianza «nueva y eterna», como dijo el Señor en la última cena. Lo expresa muy bien la Liturgia en la Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación: «Muchas veces los hombres hemos quebrantado tu alianza, pero tú, en vez de abandonarnos, has sellado de nuevo con la familia humana, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, un pacto tan sólido, que ya nada lo podrá romper». El anhelo de una Alianza que nada ni nadie pueda romper, el Señor lo fue amasando a lo largo de siglos en el corazón de Israel (7), y Jesús colma este deseo y lo perfecciona de manera tal que no deja resquicio para ninguna ruptura. En esta solidez de la Alianza juega un papel central su institución antes de la Pasión. Al adelantar su entrega en la Última Cena, el Señor transforma el momento y el lugar en que las alianzas se rompen (el momento de la traición de Judas) en el kairós –de tiempo y espacio santos– donde esta Alianza nueva se sella para siempre.

La anticipación eucarística

Para meditar en este misterio tomemos como guía algunas intuiciones de Juan Pablo II que nos ayudarán a ver la importancia de esta «anticipación» eucarística. Decía Juan Pablo que el deseo más vivo de su Encíclica «La Iglesia vive de la Eucaristía» era suscitar «el asombro eucarístico» (8). Y que el Señor haya instituido la Eucaristía antes de la Pasión era y es motivo principal de asombro. Leemos algunas líneas «con los ojos del alma», como dice Juan Pablo:

«Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial (...). Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní.

Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo en oración experimentó una angustia mortal y «su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el Sacramento eucarístico, comenzó a ser derramada; su

efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención (9).

Un poco más adelante, Juan Pablo nos revela de dónde surgió el título de esta encíclica: «¡Mysterium fidei! – ¡Misterio de la fe!». Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: ‘Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!’. Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucaristía» (10). Y pone aquí tres características espaciotemporales que hacen de la Eucaristía el núcleo más íntimo de la vida (como don y tarea) de la Iglesia: «Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar es todo el Triduum paschale, pero éste está como incluido, anticipado, y «concentrado» para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa «contemporaneidad» entre aquel Triduum y el transcurrir de todos los siglos»(11).

El fundamento y la fuente de la Iglesia está «incluido, anticipado y concentrado» en la Eucaristía, y con este don el Señor «instituyó una misteriosa ‘contemporaneidad’ entre aquel Triduum y el transcurrir de todos los siglos». Juan Pablo finaliza este parágrafo asombrándose y asombrándonos con la «capacidad redentora» (en la que entra «toda la historia», es decir: toda la vida del mundo) de este acontecimiento: «Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una «capacidad» verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención» (12).

Incluido-anticipado-concentrado

La intuición de Juan Pablo II es muy original y la formulación consiste en una síntesis apretada. ¿Cómo sacar provecho sin depotenciarla? Se me ocurre que podemos ir por el lado pedagógico. El Señor muestra una intención pedagógica en el lavatorio de los pies, cuando dice: «Si yo que soy el Señor y Maestro (...) les he dado ejemplo...» (Jn 13, 13-15). Por tanto, podemos preguntarnos qué valor pedagógico contiene esta «inclusión-anticipación y concentración» del Triduo Pascual en el Don Eucarístico. Me animaría a decir que la intención del Señor apunta a disponer y acondicionar el «recipiente» del Don: el corazón de los discípulos en su dimensión personal y eclesial.

Al anticipar su entrega incluyendo a sus amigos en la comunión de la última cena y concentrando todo su amor en el Don Eucarístico, el Señor logra que, cuando se vayan dando cuenta (cada uno a su tiempo) de lo que Él ofreció en la Pasión, caigan también en la cuenta de que ya lo habían recibido, de que ya habían sido hechos partícipes de ese sacrificio redentor. El deseo de Alianza del

Señor, su entregarse sin reservas al expirar en la Cruz, se les vuelve manifiesto, no como hecho aislado y terminal, sino inundando la memoria de los que lo contemplan –de María, de Juan y de las santas mujeres, y luego de toda la Iglesia– con todos y cada uno de los gestos de entrega del Señor (que pasó haciendo el bien) y de manera especialísima, llenando la memoria de los creyentes con su entrega eucarística en la última Cena.

De no ser así, el gesto final nos lo hubiera alejado. Hubiera sido un gesto total pero unilateral de Dios, sin que hubiera recipiente capaz de recibirlo. El vino nuevo hubiera roto los odres viejos. Pero no, el gesto de entrega total del Señor en la Cruz cae en el odre nuevo de los corazones que ya lo han recibido y pregustado en la Eucaristía. Una Eucaristía que «concentra» la Pasión dándole una «proporción adecuada» a nuestra capacidad, si puede hablarse así. Por eso toda la Pasión pudo y puede ser contemplada como salvadora, porque los que la contemplan ya están «incluidos», en comunión con el amor salvador que late en el Señor que la padece.

En esta dirección podemos contemplar el lavatorio de los pies como gesto de purificación en lo pequeño que hace de contrapeso a la efusión de sangre redentora en la Cruz. La tensión entre lo pequeño y lo grande, entre lo cotidiano y lo excepcional concentra el Amor del Señor y lo pone a disposición de nuestra fe, evitando que su comprensión se fugue hacia lo demasiado extraordinario o se diluya en lo muy ordinario. Hay una similitud profunda con esto en la fórmula del sacramento del matrimonio cristiano, en el que los esposos se entregan mutuamente y se prometen fidelidad abrazando –incluyendo, anticipando y concentrando en su sí– todo lo que ocurrirá en la vida: salud y enfermedad, prosperidad y adversidad. A imagen de la Alianza de Cristo que se adelanta en la Eucaristía, los esposos adelantan su amor y lo hacen extensivo a todo, de manera tal que la Alianza sea irrompible.

Odres nuevos

Dios es Don. Y para poder darse, el Señor va conformando el recipiente adecuado al don, el recipiente que no se rompa, el odre nuevo. Recipiente que es fruto de una alianza entre gracia y libertad. Desde esta perspectiva del «recipiente» contemplamos también «el misterio de la alianza entre la Eucaristía y la Iglesia». Fijamos nuestra atención en este punto: en la Eucaristía nos transformamos en lo que comemos, como dice Lumen Gentium citando a San León Magno: «La participación del cuerpo y sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos» (13). Al comer el Cuerpo de Cristo el Señor, aunque se hace a nuestra medida, no se «reduce».

El milagro de la Eucaristía consiste en que el recipiente «de barro» se va asimilando al «tesoro», al revés de lo que sucede en la naturaleza. Al recibir la Eucaristía, somos nosotros los asimilados a Cristo. De esta manera, mediante su darse a comer como Pan de vida, el Señor va haciendo a la Iglesia. La va transformando en su Cuerpo –en un proceso de asimilación misterioso y escondido.

dido como el que se da en todo proceso de alimentación—. Y al mismo tiempo, en cuanto que este proceso cuenta con el sí libre de la Iglesia, que asiente en la fe a la Alianza que le ofrece su Esposo, la transforma en su Esposa.

Imágenes de María, mujer eucarística

Para contemplar bien este misterio de la Alianza nos tenemos que centrar en María. De nuevo nos ayudamos con la mirada de Juan Pablo II, que nos invita a entrar «En la Escuela de María, mujer eucarística»: «Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia (...) Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él» (14).

A la manera de las muñecas rusas en las que la imagen mayor incluye en sí otras más pequeñas pero esencialmente idénticas, vamos a ir directo a la «más pequeñita», a nuestra Señora, para ver cómo lo que se da en ella —el misterio de la alianza que hace que el Don de Dios sea aceptado y comunicado para la vida del mundo— se da en la Iglesia universal y en cada alma. Seguimos esa regla de los Padres según la cual, con distintos matices, «lo que se dice universalmente de la Iglesia, se dice de modo especial de María e individualmente de cada alma fiel» (15). En la relación de María con la Eucaristía, contemplamos tres imágenes que nos revelan características de la Alianza que podemos luego aplicar a la Iglesia universal y a nuestra alma en particular.

La Alianza como compañía

La primera imagen eucarística de María nos la muestra «incluida» en la Iglesia, a la que sin embargo, misteriosamente, ella incluye en su pequeñez. El Papa hace notar la «participación» de María en las Eucaristías de la primera comunidad: «Estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. Hch 1, 14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión, en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (Hch 2, 42)» (16).

La comunidad de los Apóstoles persevera en la oración con un mismo espíritu «en compañía» de María: «Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos» (Hch 1, 13-14). El misterio de la Alianza entre Dios y los hombres es misterio de «compañía», de compartir el pan, de «estar con» los otros, en familia, a la mesa, misterio de proximidad continuado. Esta compañía es propia de la pedagogía del Señor, que va transformando a cada persona como hizo con los discípulos de Emaús,

mientras los acompaña por el camino.

La Alianza como confianza

La segunda imagen eucarística de María nos la muestra como la Esposa que pone toda su confianza en su Esposo. Juan Pablo II acentúa la «actitud eucarística interior» con que María vive toda su vida (17), actitud que define como de «abandono a la Palabra» (18). María concentra en sí todo «hacer» con respecto a la Palabra. El abandono implica un «dejar hacer», propio de quien se dispone para recibir plenamente un don –el «hágase en mí según tu Palabra»–.

El abandono implica también un «hacer», propio de quien se dona sin cálculos ni medida y exhorta a los otros a donarse de igual manera –«hagan todo lo que Él les diga»–. Para la Iglesia y para cada uno de nosotros: «Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella» (19).

La confianza total y la obediencia de la fe hacen que el Corazón de María sea el recipiente perfecto para que la Palabra se encarne y la transforme a su medida plenamente.

La Alianza como esperanza

La tercera imagen eucarística de María nos muestra algo muy propio de la ali

anza que consiste en vivir por anticipado –en esperanza– lo que es promesa. Juan Pablo hace referencia al misterio de la «anticipación», cuando dice: «Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la Pasión y se manifestará después, en el período pascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión» (20).

Deseo y ofrecimiento son las dos actitudes anticipatorias que convierten también a la Iglesia y a cada alma fiel en «odres nuevos». Por el deseo y el ofrecimiento nos convertimos como María en recipientes disponibles para que la Palabra se haga carne en nosotros. La presencia humilde y oculta del Señor en María, en la Iglesia y en cada alma, irradia luz y esperanza al mundo. Juan Pablo lo expresa bellamente, hablando de la Visitación: 'Feliz la que ha creído' (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» –el primer «tabernáculo» de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María (21).

María, pues, modelo de la Alianza, entre el Señor y su Esposa la Iglesia, entre Dios y cada hombre

Modelo de una Alianza que es compañía de amor, abandono confiado y fecundo y esperanza plena que irradia alegría. Todas estas virtudes se convierten en canto en el Magnificat del cual Juan Pablo II nos regala una hermosa visión eucarística: «En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su «diseño» programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!» (22).

Juan Pablo nos invitó a entrar en «la escuela de María, mujer eucarística». Ahora nos muestra cómo en el Magnificat está activo y presente el «fin» o programa de esta escuela. Fin que se anticipa –esta es la alegre buena nueva– en la Eucaristía, vivida como un canto de glorificación y agradecimiento. Así como María «anticipa» el «programa de Dios» para la historia, su plan de salvación, y lo vive como presente profético en el gozo que inunda su visión de fe; así también la Eucaristía anticipa «en su pobreza», dice Juan Pablo, la creación de la nueva historia. Esto mismo lo ha expresado profundísimamente Benedicto XVI en su Encíclica sobre la Esperanza, cuando hace ver que la esperanza cristiana nos «da» algo sustancial (23) en nuestro presente, nos anticipa la salvación no sólo proporcionando información sobre el futuro sino «performando» nuestra vida presente: Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente.

De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida (24). La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva» (25). Lo que la Eucaristía realiza –en la pobreza sacramental– María lo canta en el Magnificat y al cantarlo la Iglesia –y cada uno de nosotros en ella– nos volvemos «contemporáneos» con nuestra Señora y vivimos de su espiritualidad, que es vida en el Espíritu: La Eucaristía, como fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, se tiene que traducir en espiritualidad, en vida ‘según el Espíritu’ (cf. Rm 8,4 s.; Ga 5,16. 25)(26).

Termino con una cita de la homilía de Juan Pablo II, con ocasión de los 150 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada, en la cual califica a Ma-

ría como «Icono escatológico de la Iglesia», como la que pronuncia el primer «sí» de la Alianza entre Dios y la humanidad y precede al pueblo de Dios en su camino al cielo y la Iglesia ve en ella «anticipada» su salvación: Ella, la primera redimida por su Hijo, participa en plenitud de su santidad, ya es lo que toda la Iglesia desea y espera ser. Es el icono escatológico de la Iglesia. Por eso la Inmaculada, que es «comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura» (Prefacio), precede siempre al pueblo de Dios en la peregrinación de la fe hacia el reino de los cielos (27).

En la concepción inmaculada de María la Iglesia ve proyectarse, anticipada en su miembro más noble, la gracia salvadora de la Pascua. En el acontecimiento de la Encarnación encuentra indisolublemente unidos al Hijo y a la Madre: 'Al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer «fiat» de la nueva alianza (28), prefigura su condición de esposa y madre'» (29).

Consecuencias pastorales concretas

Consecuencias personales

En el transcurso mismo de esta catequesis, al contemplar el misterio de la Alianza en María, se nos han ido revelando las riquezas de la Eucaristía y de la Iglesia. En nuestra Madre todo se vuelve concreto y «posible». En su escuela los misterios inefables de Dios toman rostro y tono de voz maternos y se hacen comprensibles para la fe llena de amor que, como pueblo fiel de Dios, profesamos a María. Las conclusiones para la vida espiritual personal, creo que cada uno debe elegir las de entre aquellas en las que encuentre más gusto, como dice San Ignacio en los Ejercicios Espirituales.

Unir la Eucaristía y la comunión sacramental con María es algo que intuitivamente hacemos, y profundizar en esto a todos nos hace bien. Por ello podemos pedir la gracia de recibir la Comunión como María recibió al Verbo y dejar que se haga carne nuevamente en mí; la gracia de recibir la Eucaristía de manos de la Iglesia poniendo las nuestras como patena (que quiere decir pesebre), sintiendo que es nuestra Señora la que lo recuesta allí y nos lo confía; la gracia de cantar con María el Magnificat en ese momento de silencio que sucede a la comunión; la gracia de anticipar en la Eucaristía todo lo que será nuestro día o semana, con todo lo bueno y positivo, ofrecido junto con el pan, y todo lo que sea sufrimiento y pasión ofrecido junto con el vino; la gracia de creer y poner con amor toda nuestra esperanza en esa primicia y prenda de salvación que tenemos ya en cada Eucaristía, para luego conformar nuestra vida a imagen de lo que recibimos.

Así, cada uno puede ir sacando provecho a lo que hemos meditado.

Consecuencias eclesiales

Sin embargo, puede hacernos bien sacar también algunas conclusiones, a la luz de la riqueza que hemos contemplado, que nos ayuden en nuestra vida eclesial. El cariño y la veneración que todos sentimos casi «espontáneamente»

por la Virgen y ante la Eucaristía, debemos cultivarlo para con la Iglesia. Deben ser los mismos, ya que como hemos visto, María e Iglesia son «recipientes» transformados íntegramente por aquel que quiso «habitar» en ellas. El efecto de tal encarnación proviene de que estos «odres» se transformen plenamente en la realidad más alta que los asume.

Así como el Verbo al tomar la carne de María la santifica totalmente (incluso lo hace anticipadamente a la Eucaristía, en la Inmaculada Concepción), así también la Iglesia es toda santa y santificante por la Alianza que el Señor quiso hacer con ella. Por eso el cristiano al mirar a la Iglesia, la ve toda santa, limpia y sin arrugas, como a María, Esposa y Madre. El cristiano ve a la Iglesia como Cuerpo de Cristo, como el recipiente que guarda íntegro el depósito de la fe, como la Esposa fiel que comunica sin mengua ni falta todo lo que Cristo le dejó como encargo.

En los Sacramentos la Iglesia nos comunica la Vida plena que vino a traer el Señor. Aunque sus hijos a veces rompamos nuestra alianza con el Señor a nivel individual, la Iglesia es el lugar donde esa Alianza –que se nos dio para siempre en el Bautismo– permanece intacta y podemos recuperarla con la reconciliación. De esta mirada integral –católica en sentido pleno («universal concreta»)–, que considera a la Iglesia como recipiente cuya calidad y magnitud se conmensuran desde Aquel que la inhabita y mantiene incólume su Alianza con ella; brotan luego las otras miradas, que pueden intentar mejorar, corregir o expresar explícitamente aspectos parciales, coyunturales, históricos y culturales de la Iglesia. Pero siempre con este espíritu de Alianza que no se rompe, como en un buen matrimonio en el que todo se puede dialogar y mejorar, con tal de que vaya en la dirección vital del amor que mantiene la Alianza.

Confesar a Cristo venido en carne es confesar que toda la realidad humana quedó «salvada» y santificada en Cristo. Por ello el Señor hasta quiso estar muerto tres días y, más aún, descender a los infiernos, al lugar más apartado de Dios al que la existencia humana pueda llegar. La Iglesia como realidad «santificada» plenamente y capaz de recibir y de comunicar –sin errores ni carencias, desde su propia pobreza y aun con sus pecados– toda la santidad de Dios, no es un «complemento» o un «agregado institucional» a Jesucristo, sino participación plena de su Encarnación, de su Vida, de su Pasión, muerte y Resurrección. Sin estos «odres nuevos» que son la Iglesia y María –en una universalidad concreta sin parangón, cuya relación es paradigma de todo lo demás–, la venida del Verbo eterno al mundo y a la carne, su Palabra en nuestros oídos y su Vida en nuestra historia, no podrían ser recibidos adecuadamente.

De ahí que para contemplar el misterio de la alianza entre Dios y la humanidad –alianza que viene del Antiguo Testamento y que se quiere extender a todos los hombres de buena voluntad–, lo primero es situar en el medio este misterio de la Iglesia contemplada como «recipiente todo santificado y santificante», igual que María, de donde brota el Don de Dios para la vida del mundo, como dice el Papa, citando el Concilio Vaticano II (30).

Contemplemos, pues, a la Iglesia-María que tiene su centro en la Eucaristía:

la Iglesia-María que vive de la Eucaristía y nos hace vivir gracias a la Eucaristía. Contemplemos a la Iglesia-María que recibe de su Esposo la totalidad del Don del Pan de vida, junto con la misión de distribuirlo a todos, para la vida del mundo.

En ellas la Alianza de Dios con la humanidad se da y es recibida y comunicada sin fisuras ni carencias. La entrega hasta el fin del Esposo hace a la Esposa –María-Iglesia– toda santa, la purifica y la recrea siempre nuevamente en la fe y en la caridad, y las puertas del infierno no prevalecen contra ella. Termino diciendo que este aseguramiento de la santidad de la Iglesia no es una cuestión de privilegio personal o social, sino que está ordenada al servicio.

Me explico. Como la Iglesia siempre defiende su integridad –y como siempre hubo y hay quien se aprovecha mal de la fortaleza de una institución (lo cual es patético por lo reductivo de usar algo tan benéfico como la Vida eterna para goces de vida pasajera)–, al mundo le da la impresión de que la Iglesia siempre defiende su poder. Y esto no es así. Al defender su pureza, su indefectibilidad, su santidad de Esposa, la Iglesia está defendiendo el «lugar» por donde pasa el Don de la Vida de Dios al mundo y el don de la vida del mundo a Dios. Este don –cuya expresión más plena es la Eucaristía– no es un don más entre otros (31), sino del don total de la Vida más íntima de la Trinidad que se derrama para la vida del mundo y la vida del mundo asumida por el Hijo que se ofrece al Padre (32).

Como dice Balthasar: «El acto de donación, por el que el Padre derrama al Hijo a través de todo el espacio y tiempo de la creación, es la apertura definitiva del acto trinitario en que las «Personas» son «relaciones» de Dios, formas, podemos decir, de donación y entrega absoluta y de fluidez amorosa» (33). Es la inconmensurabilidad sin vuelta atrás del don que se nos transmite lo que obliga al Señor a santificar de manera indefectible a la Iglesia, como hizo con su Madre, de manera tal que quede asegurado el que este don pueda recibirse y transmitirse «para la vida del mundo».

El misterio de la Alianza que hace toda santa a la Iglesia es un misterio de servicio y de Vida. Nunca debe dejar de asombrarnos que esta apertura definitiva de la vida trinitaria misma se entregue y se derrame no sólo para algunos sino para la vida del mundo. Esto es así aunque no todos lo sepan ni todos lo aprovechen. Es fruto de la Libertad incomprensible del Dios Uno y Trino el que su donación sea total y para todos (34). «Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en «sacramento» para la humanidad (35), signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16), para la redención de todos (36).

La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: «Como el Padre me envió, también yo os envió» (Jn 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo» (37).

1) Sacramentum Caritatis (SC) 7 y 8.

(2) SC, 88.

(3) *Aparecida* (Ap) 464. Cfr. también 251.

(4) Ap 354. Cfr. Ap 191: '*¡Mi Misa es mi vida y mi vida es una Misa prolongada!*' (Hurtado, Alberto, *Un fuego que enciende otros fuegos*, pp. 69-70).

(5) «La Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: 'Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera'. Verdaderamente, nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos. Además, la institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el centro de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. Jn 3,16-17; Rm 8,32). En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana» (SC 84).

(6) La doctrina de Pablo, en el cap. 11 de su Carta a los Romanos, nos muestra que «*los dones y la vocación de Dios son irrevocables*»; «el endurecimiento parcial que sobrevino a Israel durará hasta que entre la totalidad de los gentiles» (Rm 11, 25-29).

(7) «*Y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una alianza eterna, de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad (...) de modo que mi alianza esté en vuestra carne como alianza eterna*» (Gn 17, 7-13). «*Voy a firmar con vosotros una alianza eterna: las amorosas y fieles promesas hechas a David*» (Is 55, 3). «*Les pactaré alianza eterna –que no revocaré después de ellos– de hacerles bien, y pondré mi temor en sus corazones, de modo que no se aparten de junto a mí; me dedicaré a hacerles bien, y los plantaré en esta tierra firmemente, con todo mi corazón y con toda mi alma*» (Jr 32, 40).

(8) Ecclesia de Eucharistia (EdE) 6.

(9) EdE 3.

(10) EdE 5.

(11) EdE 5.

(12) EdE 5.

(13) *Lumen Gentium* (LG) 26. Cfr. San León Magno, *Sermón* 63, 7; San Agustín, *Sermón* 57, 7 y *Confesiones*, 7, 10: «...tú te convertirás en mí».

(14) EdE 53.

(15) Cfr. Beato Isaac de Stella, *Sermón* 51 (PL 194, 1862-1863. 1865). «Por eso en las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la Virgen María, y lo que se entiende de modo especial de María, virgen y madre, se entiende de modo

general de la Iglesia... También se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda. Todo lo cual la misma Sabiduría de Dios, que es la Palabra del Padre, lo dice universalmente de la Iglesia, de modo especial de la Virgen María, e individualmente de cada alma fiel».

(16) EdE 53.

(17) EdE 53.

(18) EdE 54.

(19) EdE 57.

(20) EdE 56.

(21) EdE 55.

(22) EdE 58.

(23) «La fe es la «sustancia» de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de Aquino, usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un habitus, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de «sustancia» queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir «en germen» –por tanto según la «sustancia»– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta «realidad» que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no «aparece»), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma» (*Spe Salvi* (SS) 7).

(24) «Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo» (SS 4).

(25) SS 2.

(26) SC 77. 12

(27) Cfr. LG 58; *Redemptoris Mater*, 2.

(28) Cfr. *Redemptoris Mater* 1.

(29) Juan Pablo II, *Homilía en el 150º aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción*, el miércoles, 8 de diciembre de 2004.

(30) «Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser «en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1)» (EdE 24).

(31) «La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación» (EdE 11).

(32) «El don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. Jn 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor nuestro, más aún, de toda la humanidad (cf. Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20; Jn 10, 15), pero don ante todo al Padre: «sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo «obediente hasta la muerte» (Fl 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección»» (EdE 13).

(33) Hans Urs von Balthasar, *El misterio de la Eucaristía*, en: *Puntos centrales de la fe*, BAC, Madrid, 1985 pág. 150.

(34) «El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convivencial humana. Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser «en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»» (EdE 24).

(35) LG 1.

(36) LG 9.

(37) EdE 22.



• **Calendario Pastoral**

Curso 2021-2022

.....



Calendario Pastoral Diócesis Orihuela-Alicante

Curso 2021-2022

SEPTIEMBRE	2021	
1	Miércoles	
2	Jueves	
3	Viernes	
4	Sábado	
5	Domingo	
6	Lunes	
7	Martes	
8	Miércoles	Natividad de Ntra. Sra.
9	Jueves	
10	Viernes	Convivencia Arciprestes
11	Sábado	
12	Domingo	
13	Lunes	Presentación Orientaciones Pastorales Vicaría 5
14	Martes	Presentación Orientaciones Pastorales Vicaría 4
15	Miércoles	Presentación Orientaciones Pastorales Vicaría 3
16	Jueves	Presentación Orientaciones Pastorales Vicaría 2
17	Viernes	Llegada de la Cruz de la JMJ (17-18)
18	Sábado	Semana Social. Fase Diocesana. Primera sesión
19	Domingo	
20	Lunes	
21	Martes	
22	Miércoles	
23	Jueves	Apertura de Colegios Diocesanos
24	Viernes	Presentación Orientaciones Pastorales Vicaría 1
25	Sábado	Consejo Presbiteral Encuentro de voluntarios y agentes de pastoral de Migraciones
26	Domingo	Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado

27	lunes	
28	Martes	
29	Miércoles	San Miguel. Apertura Curso en el Seminario
30	Jueves	Missio canónica profesores de Religión

OCTUBRE	2021	
1	Viernes	Apertura Curia Diocesana Forum Sínodo de Jóvenes (1-2)
2	Sábado	Cursillo «Calentando Motores» Formación ITIO
3	Domingo	
4	Lunes	Ejercicios Espirituales para sacerdotes (4-8)
5	Martes	
6	Miércoles	
7	Jueves	Jornada Mundial por el Trabajo Decente
8	Viernes	Celebración Diocesana Jornada Mundial por el Trabajo Decente
9	Sábado	Día de la Comunidad Valenciana
10	Domingo	
11	Lunes	
12	Martes	Ntra. Sra. del Pilar XLIX Aniversario de la Ordenación Episcopal de D. Victorio
13	Miércoles	
14	Jueves	
15	Viernes	
16	Sábado	Semana Social. Fase Diocesana. Segunda sesión Encuentro intergrupales de matrimonios
17	Domingo	Apertura en la Diócesis del Sínodo de los Obispos: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión». Inicio de la fase diocesana (octubre 2021-abril 2022)
18	Lunes	
19	Martes	
20	Miércoles	
21	Jueves	

22	Viernes	
23	Sábado	Consejo Diocesano de Pastoral Encuentro AC. Recepción conclusiones Congreso de Laicos Ejercicios Espirituales para Jóvenes (23-24)
24	Domingo	Domund
25	Lunes	
26	Martes	
27	Miércoles	
28	Jueves	
29	Viernes	
30	Sábado	
31	Domingo	

NOVIEMBRE	2021	
1	Lunes	Todos los Santos
2	Martes	Fieles Difuntos
3	Miércoles	
4	Jueves	
5	Viernes	
6	Sábado	Cursillo Ministros Extraordinarios de la Comunión Encuentro de Monaguillos Semana Social. Fase Diocesana. Tercera sesión
7	Domingo	Día de la Iglesia Diocesana Insignias Pro Ecclesia Diocesana
8	Lunes	Colegio Arciprestes
9	Martes	
10	Miércoles	
11	Jueves	
12	Viernes	
13	Sábado	Cursillo Ministros Extraordinarios de la Comunión
14	Domingo	Jornada Mundial de los Pobres
15	Lunes	Jornadas de Teología
16	Martes	Jornadas de Teología

17	Miércoles	
18	Jueves	
19	Viernes	
20	Sábado	Cursillo Ministros Extraordinarios de la Comunión Encuentro de Jóvenes
21	Domingo	Cristo Rey Jornada de Oración y Penitencia por las Víctimas de Abusos
22	Lunes	Retiro de Adviento Vicaría 3
23	Martes	
24	Miércoles	
25	Jueves	
26	Viernes	
27	Sábado	Celebración Diocesana Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado Retiro de Matrimonios (27-28)
28	Domingo	I Domingo de Adviento
29	Lunes	Retiro de Adviento Vicaría 2
30	Martes	

DICIEMBRE	2021	
1	Miércoles	
2	Jueves	
3	Viernes	49 Consejo Nacional de la JOC (Salesianos. El Campello) (3-6)
4	Sábado	Retiro de Adviento Vicaría 1
5	Domingo	II Domingo de Adviento
6	Lunes	
7	Martes	Vigilia de la Inmaculada en el Seminario
8	Miércoles	Inmaculada Concepción Admisión a Órdenes en la Catedral
9	Jueves	
10	Viernes	Retiro Adviento para Catequistas
11	Sábado	Consejo Presbiteral Marcha de Adviento Adolescentes

12	Domingo	III Domingo de Adviento
13	Lunes	Retiro de Adviento Vicaría 5
14	Martes	
15	Miércoles	
16	Jueves	Celebración 70 Aniversario HOAC Diocesana
17	Viernes	
18	Sábado	Día Internacional del Migrante
19	Domingo	IV Domingo de Adviento Festival escolar de Villancicos
20	Lunes	Retiro de Adviento Vicaría 4
21	Martes	
22	Miércoles	
23	Jueves	
24	Viernes	
25	Sábado	LA NATIVIDAD DEL SEÑOR
26	Domingo	Sagrada Familia. Jornada por la Familia
27	Lunes	
28	Martes	
29	Miércoles	
30	Jueves	
31	Viernes	

ENERO	2022	
1	Sábado	Santa María, Madre de Dios Jornada de Oración por la Paz
2	Domingo	II Domingo de Navidad
3	Lunes	
4	Martes	
5	Miércoles	
6	Jueves	Epifanía del Señor. Jornada de Catequistas Nativos. IEME
7	Viernes	
8	Sábado	
9	Domingo	Bautismo del Señor

10	Lunes	
11	Martes	
12	Miércoles	
13	Jueves	
14	Viernes	
15	Sábado	Consejo Diocesano de Pastoral Presentación Jornada de Catequistas Formación ITIO
16	Domingo	Infancia Misionera
17	Lunes	
18	Martes	Inicio Octavario Oración por la Unidad de los Cristianos
19	Miércoles	
20	Jueves	
21	Viernes	
22	Sábado	Jornada Diocesana del Diaconado Permanente Asamblea Diocesana de Manos Unidas
23	Domingo	Domingo de la Palabra de Dios
24	Lunes	
25	Martes	Conclusión Octavario Oración por la Unidad de los Cristianos
26	Miércoles	
27	Jueves	
28	Viernes	Santo Tomás de Aquino Celebración en Seminario Teologado
29	Sábado	Jornada de Formación de coros y animadores del canto litúrgico Encuentro de Monaguillos IV Encuentro de Formación de agentes de Pastoral Familiar (29-30) Café Teológico
30	Domingo	
31	Lunes	

FEBRERO	2022	
1	Martes	

2	Miércoles	La Candelaria. Jornada de la Vida Consagrada
3	Jueves	
4	Viernes	
5	Sábado	
6	Domingo	
7	Lunes	Ejercicios Espirituales para sacerdotes (7-11) Semana de Cine Espiritual (7-11)
8	Martes	Santa Josefina Bakhita. Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata de Personas.
9	Miércoles	
10	Jueves	Lanzamiento de la 63 Campaña de Manos Unidas
11	Viernes	Jornada Mundial del Enfermo Día del Ayuno Voluntario
12	Sábado	Encuentro Diocesano de Niños con el Obispo
13	Domingo	Manos Unidas - Campaña Contra el Hambre
14	Lunes	Colegio de Arciprestes
15	Martes	
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	Encuentro Comisiones Diocesanas de AC
20	Domingo	
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	
24	Jueves	
25	Viernes	Sínodo Diocesano de Jóvenes (25-27)
26	Sábado	
27	Domingo	
28	Lunes	

MARZO	2022	
1	Martes	

2	Miércoles	Miércoles de Ceniza. Inicio de la Cuaresma
3	Jueves	
4	Viernes	
5	Sábado	
6	Domingo	I Domingo de Cuaresma Encuentro Diocesano de Catequistas con el Obispo
7	Lunes	
8	Martes	Día Internacional de la Mujer Trabajadora
9	Miércoles	
10	Jueves	
11	Viernes	Campaña del Seminario (11-19)
12	Sábado	ITIO FEST Encuentro Diocesano de Trabajadoras/es Cristianos: Eucaristía y Trabajo Café Teológico
13	Domingo	II Domingo de Cuaresma
14	Lunes	Consejo Presbiteral
15	Martes	
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	San José. Día del Seminario
20	Domingo	III Domingo de Cuaresma
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	
24	Jueves	
25	Viernes	Jornada por la Vida Simposio sobre Familia y Vida (25-26)
26	Sábado	Convivencia de Monaguillos (26-27)
27	Domingo	IV Domingo de Cuaresma
28	Lunes	
29	Martes	
30	Miércoles	

31	Jueves	
----	--------	--

ABRIL	2022	
1	Viernes	Despertar Evangelizadores (1-3)
2	Sábado	Formación ITIO
3	Domingo	V Domingo de Cuaresma
4	Lunes	Colegio Arciprestes
5	Martes	
6	Miércoles	
7	Jueves	
8	Viernes	
9	Sábado	
10	Domingo	Domingo de Ramos
11	Lunes	Misa Crismal
12	Martes	
13	Miércoles	
14	Jueves	Jueves Santo. Día del Amor Fraternal
15	Viernes	Viernes Santo. Santos Lugares
16	Sábado	
17	Domingo	Pascua de Resurrección
18	Lunes	
19	Martes	
20	Miércoles	
21	Jueves	
22	Viernes	
23	Sábado	
24	Domingo	II Domingo de Pascua. Domingo de la Divina Misericordia
25	Lunes	
26	Martes	
27	Miércoles	Peregrina Infantil
28	Jueves	Santa Faz Día Internacional de la Seguridad y la Salud en el Trabajo. Conferencia

29	Viernes	
30	Sábado	

MAYO	2022	
1	Domingo	III Domingo de Pascua. Jornada del Misionero Diocesano. Día del Monaguillo Día del Trabajo
2	Lunes	
3	Martes	
4	Miércoles	
5	Jueves	
6	Viernes	
7	Sábado	
8	Domingo	IV Domingo de Pascua. Jornada Oración por las Vocaciones Vocaciones Nativas Día de la HOAC Ntra. Sra. de los Desamparados
9	Lunes	Día del Clero Diocesano
10	Martes	San Juan de Ávila
11	Miércoles	XXVI Aniversario Ordenación Episcopal de D. Jesús Murgui
12	Jueves	
13	Viernes	
14	Sábado	Consejo de Pastoral
15	Domingo	V Domingo de Pascua
16	Lunes	Consejo Presbiteral
17	Martes	
18	Miércoles	
19	Jueves	
20	Viernes	
21	Sábado	Encuentro Consiliarios AC
22	Domingo	VI Domingo de Pascua. Pascua del Enfermo
23	Lunes	
24	Martes	

25	Miércoles	
26	Jueves	Encuentro de Educadores Cristianos
27	Viernes	
28	Sábado	Retiro para coros y animadores del canto litúrgico
29	Domingo	La Ascensión del Señor. Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales
30	Lunes	
31	Martes	

JUNIO	2022	
1	Miércoles	
2	Jueves	
3	Viernes	
4	Sábado	Encuentro Diocesano de Pastoral Vigilia de Pentecostés. Clausura del Sínodo de Jóvenes
5	Domingo	Pentecostés Día de la Acción Católica y Apostolado Seglar
6	lunes	
7	Martes	
8	Miércoles	Encuentro de Contemplativas con el Sr. Obispo
9	Jueves	Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote
10	Viernes	
11	Sábado	
12	Domingo	Santísima Trinidad. Jornada Pro Orantibus
13	Lunes	
14	Martes	
15	Miércoles	
16	Jueves	
17	Viernes	
18	Sábado	Retiro Consejo Diocesano AC Café Teológico
19	Domingo	Corpus Christi
20	Lunes	Día Internacional del Refugiado

21	Martes	IV Asamblea Gral. ACG (21-24)
22	Miércoles	
23	Jueves	
24	Viernes	Sgdo. Corazón de Jesús. Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes San Juan
25	Sábado	
26	Domingo	Encuentro Mundial de Familias con el Papa Francisco en Roma
27	Lunes	Ejercicios Espirituales para sacerdotes (27-2 julio)
28	Martes	
29	Miércoles	San Pedro y San Pablo. Óbolo de San Pedro
30	Jueves	

JULIO	2022	
1	Viernes	
2	Sábado	
3	Domingo	
4	Lunes	
5	Martes	
6	Miércoles	
7	Jueves	
8	Viernes	
9	Sábado	Peregrinación Diocesana a Lourdes (9-13)
10	Domingo	
11	lunes	Campamento de monaguillos (11-17)
12	Martes	
13	Miércoles	
14	Jueves	
15	Viernes	Curso Monitores de ETL JAIRE
16	Sábado	Ntra. Sra. del Carmen. Día de las Gentes del Mar
17	Domingo	
18	Lunes	

19	Martes	
20	Miércoles	
21	Jueves	
22	Viernes	
23	Sábado	
24	Domingo	
25	lunes	
26	Martes	Día de los abuelos
27	Miércoles	
28	Jueves	
29	Viernes	
30	Sábado	Día Mundial contra la Trata de personas
31	Domingo	

AGOSTO	2022	
1	Lunes	Peregrinación Europea de Jóvenes a Compostela (1-8) Camino de Santiago en Familia (1-8)
2	Martes	
3	Miércoles	
4	Jueves	
5	Viernes	
6	Sábado	Transfiguración del Señor
7	Domingo	
8	Lunes	
9	Martes	
10	Miércoles	
11	Jueves	
12	Viernes	
13	Sábado	
14	Domingo	
15	Lunes	Asunción de Nuestra Señora
16	Martes	
17	Miércoles	

18	Jueves	
19	Viernes	
20	Sábado	
21	Domingo	
22	Lunes	
23	Martes	
24	Miércoles	
25	Jueves	
26	Viernes	
27	Sábado	
28	Domingo	
29	Lunes	
30	Martes	
31	Miércoles	



• Oración por la Iglesia Diocesana

.....



Oración por la Iglesia Diocesana

Dios nuestro Padre:
Tú, que eres la fuente de todo amor
y de toda vida,
en Jesús, tu Hijo,
nos has hecho hijos tuyos.
Tú nos constituiste hermanos
unos de otros,
miembros de tu familia: la Iglesia.
Hoy, Tú nos invitas a caminar unidos,
con Jesús, nuestro Hermano,
por todos los caminos de los hombres.

Señor Jesús, Hijo de Dios:
A ti, el enviado del Padre,
el amigo de los pequeños,
te pedimos que vengas a caminar
con nosotros.
Que tu persona inspire
nuestras iniciativas
al servicio de los hombres.
Que tu Palabra ilumine
nuestros encuentros y nuestras reuniones.
Que tu presencia dirija
nuestras palabras y nuestros hechos.

Espíritu Santo:
Tú, el Espíritu del Padre y del Hijo,
Tú, que habitas en el corazón

de todo hombre y llenas el Universo,
ven a purificar, santificar, animar,
aclarar, unir, fecundar, llenar
a la Iglesia de Dios
que está en Orihuela-Alicante.

Espíritu Santo,
Espíritu de Amor,
Soplo de vida,
concédenos el gozo de ser fortalecidos
en la fe de nuestro Bautismo,
concédenos la humildad de vivir
unidos por la misión,
concédenos la audacia de buscar
nuevas esperanzas para los más olvidados,
concédenos el don de amar
con un corazón universal.

Virgen María:
Madre del señor
y Madre nuestra,
acompaña nuestro quehacer diocesano
para que cada uno de nosotros
pueda conocer mejor a Jesús,
amarle y ser testigos
toda nuestra vida
de la alegría y de la paz;
para que nuestra Iglesia Diocesana
sea más fraternal y más misionera.

Amén.



